

Ignacio Ochoa de Olza Sanz
(Iñaki Desormais)

III-1991

Nació en Pamplona en 1940.

Doctor en Derecho y periodista.

Gusta de participar en las convocatorias literarias y además con resultado exitoso, acercándose al medio centenar las recompensas obtenidas.

Por citar lo más granado en cuanto a premios nos quedamos con el *Foral de Literatura (creación literaria)* del 97, el *Periodístico Internacional San Fermín*, del Ayuntamiento de Pamplona y el de *Poesía* del mismo Ayuntamiento. También los de sociedades, ateneos, etc.; y otros municipios: Córdoba, La Rábida, Gernika... y el *Pedro de Atarrabia* de Villava.

Varios de sus cuentos, poemas y novelas han sido publicados en revistas literarias y otras publicaciones académicas.

Y citemos como final sus dos últimos libros aparecidos. En prosa: «La perfección de Frankenstein»; y en verso: «El yelmo de Mambrino».

LLEGARÁS A ORDENANZA

I



e veía tan triste en aquel trabajo, en una ciudad hostilmente cara y complacida de sí misma que apenas dudaba en admitir que estaba siendo devorado por las circunstancias, o quizá, dicho en lenguaje de universitario progre de la época, por las estructuras capitalistas.

Llegaba a trabajar a las nueve menos cinco, los demás tardaban bastante más, hasta media hora, en presentarse, y se marchaban a las dos y cuarto como más tarde, mientras que él seguía hasta las tres y media o las cuatro, mano a mano con el Delegado, quien no sabía estar solo, y por cierto, a causa de su buena vida y contactos político-sociales de cada noche anterior, nunca entraba en su propio despacho antes de mediodía.

Jamie, mientras no se presentara despues de las cuatro, podía comer en casa de doña Paquita, en el portal de al lado, una especie de pensión familiar para postgraduados bilbaínos y navarros, alguno de los cuales, a días, aunque todos habían terminado holgadamente de comer cuando llegaba el futuro ordenanza, se quedaba a charlar con él, siquiera durante su primer plato, para que no se sintiera solo entre las cuatro paredes y sobre el hule del comedorcillo.

Los demás nunca decían nada sobre su trabajo como ejecutivos de banca o de agencias varias, quizá en seguros. Todos respondían con un aire incierto y descalificador a cualquier referencia o

interrogación sobre sus propias tareas profesionales, encubriendo una decepción de trámite, como quien exhala un suspiro mínimo al buscar de corrido una cosa y cerrar un cajón que aparece vacío.

No tenía obligación reglamentaria, pero por la tarde solía volver al despacho dos o tres horas para liquidar asuntos pendientes de la mañana, ver la última remesa del correo, dar alguno de esos telefonazos mágicos al Ministerio, que son imposibles por la mañana, y firmar todos los escritos de su propia competencia que, gracias al particular horario del Delegado no había podido ni tocar; eran los portafirmas, cuadernos de gutapercha y hojas de cartón rosa, ficción del antiguo papel secante, tan llenos de copias y expedientes que al dejarlos sobre la mesa podían abrirse solos como acordeones y había que dejarlos apoyados unos contra otros, para que no se desbordaran hasta el suelo.

Vivía en una pensión, sólo dormir, en el barrio más gris al otro lado del río, en una habitación más bien pelada de muebles, con una cama niquelada, una típica silla como de betún seco, asiento redondo de tablero recortado y de respaldo una palma de tablillas coronadas por media duela o franja curva de madera, muy propia para inclinarse hacia atrás, encajando los omoplatos contra ese borde arqueado, una mesa nunca bien pintada y un armario especialista en abrirse solas una o la dos de sus puertas en cualquier momento del día o de la noche, con el manso chirrido de la constancia mecánica y del azar, en combinación muy superior a las nerviosas veleidades de los seres vivos.

Poner un papel doblado en la línea de cierre significaba un respiro muy efímero, pues, quizá porque en aquella casa se daban juntas las humedades del río (dulzona) y la del mar (áspera), el taquillo de papel perdía apresto acto seguido de su colocación, y se caía, dejando libre ejercicio a la potestad aperturista de la puerta.

Había que aportar un par de folios doblados a la cuarta potencia para que aquel aparato sonoro y sacristán quedara trincado, que ni un maremoto lo hubiera abierto, pero entonces al volver del trabajo se constataba que la patrona, probablemente muy partidaria de la libertad de expresión de los armarios había retirado los folios calceros.

El armario, sigiloso, estaba milagrosamente cerrado hasta que sentía la presencia del huésped en la habitación, momento en que iniciaba una cuenta atrás para abrir sus pendularias puertas, acción que consumaba en el momento más increiblemente escogido, cuando Jamie estaba de espaldas atándose un zapato o pegando un sobre con la lengua fuera, y le era imposible saltar como un felino y parar la puerta de un zarpazo.

La silla hacía falta en lugares de la habitación mejor iluminados así que el problema hubo de atenuarse utilizando la mesilla de noche como obstrucción para aquellas aperturas extrasensoriales. La mesilla era leve como un embalaje vacío pero no dejaba de ser un maldito engorro, cuando Jamie ya estaba peinado y vestido, recordar la falta de pañuelo, tener que interrumpir la agilidad de la partida retirando la escuálida mesilla, sacando el pañuelo de un cajoncito, volviendo a colocar la mesilla de barricada, etc.

Jamie vestía siempre por entonces de rigurosa corbata, a veces incluso reforzada con algun pasador, zapato de cuero y frecuentes chaquetas cruzadas, se peinaba con raya a la izquierda, el pelo corto con una pequeña onda por tupé sin más arabescos, y en todo su primer verano de trabajo no probó las playas de la ciudad.

Los días de fiesta había actos oficiales a los que asistir, y cuando podía eludirlos, el sábado por la tarde cogía un autobús que en casi dos horas, con muchas paradas, le dejaba junto a la casa de sus padres, y el domingo por la tarde volvía, de modo que los pocos baños de aquel año de debutante en la vida de funcionario profesional tuvieron lugar en la piscina de su subpirenaica ciudad natal.

Llevar chaqueta en verano, comer y cenar alternativamente en fiestas deslumbrantes o en tugurios apagados, no estar apenas moreno de cuello para abajo, en pleno agosto, junto con otros datos e impresiones de menor importancia le llevaron a la certeza de que su vida había entrado en barrena, de que era un esclavo cazado con estafas y que la vida a algunos les castiga por los méritos para tratarles enseguida peor que a los directamente fracasados, pues si él hubiera suspendido algo de la carrera, de las oposiciones o de los largos cursos en la escuela de funcionarios no tendría

ahora un sueldo vulgar y un cargo de muy notables apariencias ciudadanas, pero estaría en casa de sus padres, a papo de rey, dorándose al sol todo el día, jugando a pelota con estupendos amigos vitalicios y sentando plaza para, en definitiva, recibir por cualquier chamba, como casi todos, un porvenir mejor y menos disciplinado y sombrío que el que ahora protagonizaba sin saber ni entender realmente por qué.

Se sentía duro y enérgico para afrontar cualquier régimen de vida, era un individuo entero y verdadero para no achantarse ante nada, pero su sensibilidad en pleno le decía que aquello no era un problema de resistencia sino más bien de intuición. No quería pecar de insinceridad ni por lo más mínimo consigo mismo ni con la realidad de la vida y no acertaba a comparar lo que ya tenía conseguido como cosa cierta, y lo que como esperanza o probabilidad estaba dejando de conseguir.

Se sentía *por una parte* reo de un destino de hijo penúltimo de familia numerosa mantenida con un sueldo de funcionario municipal, se veía víctima de un destino cuasi-migratorio, sin más esperanza que poder trasladarse un día a su propia ciudad, a cualquier puesto normal e incluso con cierto entorchado de técnico oficial, entorchados todos que le importaban a Jamie menos que a un ermitaño del Asia Menor, pero que, en todo caso, tendría la vitola íntima de haberlo conseguido por sus exclusivos merecimientos personales, y *por otra parte* tenía la simple comezón del sudor frío y un ápice de vértigo generalizado, con sensibles pellizcos de espanto, de verse materialmente agobiado de trabajo, sin vida privada de ninguna clase, ni medios de desarrollarla, sin coche siquiera, mientras cualquier besugo rebotado de los estudios ponía una gestoría y tenía coche americano y lancha en la dársena del Náutico.

* * * *

A la semana y media de vivir en la bella ciudad donde los precios más que por moneda se medían por riñones, se le ocurrió visitar dos o tres agencias de la propiedad inmobiliaria, de las que llenaban pesadas páginas completas de la Hoja del Lunes con sus

anuncios de pisos y lonjas, pensando alquilar o comprar algun diminuto y excéntrico apartamento.

Al ver su tarjeta de Secretario Provincial de algo, el dueño de la agencia le recibía en persona y enseguida la cosa entraba en una rápida deflación y la entrevista duraba, por fortuna para ambos, muy poco rato.

–¿Quién puede avalarme? Personas de importancia no dudarían en hacerlo, de la esfera oficial, por supuesto. Incluso alguno por razón del cargo, está prácticamente obligado. Esta Administración tiene algunas reglas muy serias. ¿Quién conozco en el Ayuntamiento, al alcalde, exclusivamente. ¿En la Diputación? Al presidente. ¿En el Gobierno? Al gobernador civil. No a nadie más, por ahora, en toda la ciudad.

Así que gana ud. entre 175.000 y 200.000 pts. al año. Pero hombre de Dios, eso es lo que gana aquí cualquier perito industrial, o un capataz con un puesto regular en cualquier taller, estamos en 1964, ¿cómo es posible que a ud. le paguen, con esa categoría, sólo eso?

No, no había apartamentos diminutos ni buhardillas para él, ni en el monte ni en el mar, quizá mejor irse a Francia y venir a trabajar a España cada día, aunque eso estuviera reglamentariamente prohibido para él, las cajas de ahorros daban créditos mayores para pisos mayores, pero había que desembolsar, al menos, un cuarto de millón, un año y un trimestre netos de su sueldo, bien, ya vería por dónde podía abrir brecha en aquel asunto, tendría que empezar por consultar en casa, naturalmente.

Cuando se le veía en un palco o en un proscenio del festival del cine, con claro aspecto de estar mucho más cerca de la organización que de los curiosos y desocupados, o cuando en la Hípica entregaba la copa de la prueba del Ministro, o al hacer una seña para un encuadre a los que filmaban para la tele y el NO-DO, sus ojos podían cruzarse, una milésima de instante, con los de un adinerado agente inmobiliario, de los que no habían quedado con Jamie en nada, que estuviera sentado en el ala de butacas de pago, entre la plebe con frac pero «exterior» a la organización, cual-

quiera que se veía allí como humillado o minusvalorado por no pertenecer al meollo del asunto, y cada mirada seguía su camino para no incurrir en el extraño gafe recíproco de haberse reconocido expresamente.

Jamie tenía invitación de honor para todos los clubes de la bahía y muchas más invitaciones para comer y cenar que días tiene el año, incluso recepciones al Cuerpo Diplomático en La Cumbre, mullida residencia con parque y boscaje, del ministro de Asuntos Exteriores.

Allí acudió la primera vez, con un 2cv prestado que se le caía la ventanilla, y en la fila de Mercedes negros y toda clase de gran cilindrada, cuando el lacayo enlevitado de la segunda barrera de recepción le preguntaba por su cargo o cachonda razón de personamiento en tal lugar, la ventanilla se desdobló a causa de la ley de la gravedad y del flojo pitón de goma que acogiendo un clavo debería mantenerla izada, recibiendo el pobre sirviente, quien, por lo demás, parecía excelente persona, un buen golpe en lo mejor de su frente.

La formidable ética de servicio impidió por igual a la víctima protestar, rugir, presentar denuncias o desvanecerse.

* * * *

En Madrid, dos años antes, la situación había sido verdaderamente famélica.

Con harto dolor de sus casi inexistentes ahorros, el padre de Jamie le asignaba unas tres mil pesetas al mes con las que había de pagar pensión completa, o cama y las comidas libres, y una academia donde durante cinco o diez horas semanales, media docena de opositores recitaban temas ante un profesor que aparentaba conocer perfectamente los deseos del futuro tribunal que había de juzgar a sus pupilos, los corregía por igual en el tono del recitado que en algun concepto o matiz de alta escuela doctrinal tirando a Garrido Falla o García de Enterría, y complementaba o actualizaba las pequeñas hoscas de los apuntes.

Gracias a algun resto de influencia procedente de su ciudad natal, Jamie había sido admitido en la academia de opositores mejor categorizada en todo aquel sector de oposiciones, algo del CEU, pero debido al precio de las subsistencias y al nivel alto-acomplejante que demostraban en cada intervención, sin un fallo en el recitado, los demás componentes del círculo de opositores en que Jamie estaba encuadrado, decidió renunciar de hecho y de derecho a la confianza en su buena estrella, en su labia y en su físico inglés, tan idóneo para los exámenes orales y apostando no sin riesgo a que su facilidad cuando no brillantez de palabra suplieran el día del estreno los entrenamientos sistemáticos y ensayos de cámara, Jamie se dio de baja en el afamado Centro de Estudios (que hoy debe ser una universidad privada como los chorros del oro) y acumuló los ciento cincuenta duros mensuales de la preparación académica al capítulo de alimentación.

En aquel **YA** de portadas kaki-tanque, formato sabanero aunque pretabloide si bien se mira, venían varias páginas, supremas en la materia, cubiertas de una espesa y geométrica plebe de anuncios de pensiones, «céntrica, sólo dormir, calefacción central, silenciosa», «Pensión completa, individuales y dobles, desde 1800 pts», «Familiar, ascensor, calefacción, señoritas o estudiantes», etc., y en ellos probaba fortuna Jamie, cuyas estancias reales en los lugares visitados y elegidos oscilaba entre los dos días y los dos meses.

La llegada a Madrid, vía Soria, en el Automotor que paraba en Atocha, sobre las diez de la noche, era una prueba infernal, hipodérmica, aunque colectivamente disimulada, la ciudad estaba más que oscura, negra, como un aguafuerte sobre Birmingham, la congestión del tráfico, de las luces, de las mujeres transeúntes, cinceladas en un garbo indiferente, que caminaban como fieras repartiendo *excitación denegatoria*, los bares de humo y bocadillos por cestos de la España del calamar frito y el berberecho con vinagre o con limón, se abalanzaban en tromba sobre el recien llegado, indefenso y sensibilizado a todos los agobios, y lo tragaba como un cortinón que se derrumba sobre un niño, la asfixia de una incomprensión cínica y general que te presiona como si tú fueras el único extraño del mundo y para todo, a lo cual crees habituarte con los

días, pero de lo que no te libras, cual de una larga enfermedad, jamás, conforme puedes averiguar al recuperar la cordura y la sensibilidad, exclusivamente cuando arrancas otra vez en el mismo automotor rumbo al Pirineo.

Al llegar a Madrid, Jamie no cogía un taxi, sencillamente se montaba en la vorágine, arrastraba su maleta hasta el metro utilizando casi al máximo su natural musculatura inagotable y se plantaba en casa de algun pariente, para buscar habitación con calma al otro día.

Tenía dos tías por parte de padre, Margarita y Magdalena Hormaechea, simpatiquísimas y ancianas hermanas que vivían juntas en la calle Génova, en un piso rico en miradores pacíficos, muebles antiguos propios y olores encerados. En unión de su muchacha tenían casi trescientos años entre las tres pero aún estaban ágiles de cuerpo y listas de pupila, en pleno disfrute de la perspicaz alegría de toda su vida, alegría que se aguzaba con el tiempo.

Otra tía, ésta por parte de madre, vivía enfrente del Palacio de Oriente y al lado del Teatro Real. Esta era más bien joven y se hacía llamar prima por la parentela de provincias, para Jamie resultaba descacharrante por el madrileñismo hondo y bienaventurado de su conversación, con esa ilimitada y flemática presunción de ánimo que inclinaba a cualquiera a pensar que España era el país de los complejos de superioridad y de la libertad general, precisamente entonces.

Era impensable intentar oponerse a su avalancha colegial de ironía y grandiosidad, y la opción más aconsejable tratando con ella era desde siempre cerrar los ojos, asentir y partirse de risa y felicidad sobre todas las cosas.

En casa de esta tía-prima podía quedarse más tiempo cada vez que llegaba, e incluso podía volver y estarse una o dos semanas de escampío entre dos pensiones, cuando el clima de los hospedajes o cualquiera hartura de la vida en Madrid lo tenían, no contra las cuerdas pero sí algo mosqueado de la vida. Ella realmente insistía para que Jamie se dejase de pensiones y residiera a su libre antojo en el gigantesco piso de la calle más corta de Madrid, con un solo

portal –el otro hubiera sido el Teatro–, pero los padres del muchacho no querían verdaderamente abusar de la hospitalidad y de la bondad inocua e infinita de la prima Carmina, así que tarde o temprano volvía a lanzarse a la corriente de la vida con el **YA** debajo del brazo.

Una cuarta tía, tambien por parte de madre, con setenta años, tenía un aspecto personalmente monumental y distante, en su rostro brillaba alguna genialidad de emperatriz aclimatada al exilio popular, y una cabellera formidable de platino natural.

Al verla de pronto por primera vez, a tales años, uno diría que la edad había entornado cierta abstracción en sus ojos, una mirada de paloma que acaba de despertarse, pero nadie hubiera podido resistir la sabiduría destructora de su lenguaje para con los pedantes y los importunos, que tambien abundaban en los Madriles. Tía Isabel procedía del Alto Aragón, guapísima y soltera de toda la vida, inabordable y original, había sido hasta su jubilación auxiliar de Hacienda, casi una pionera en aquellos tiempos, y más teniendo en cuenta que entró en el Ministerio limpiamente cuando un tío carnal suyo fue ministro de aquello, con la República.

Toda la vida contó tranquilamente, aunque *ex cathedra,* a quien quisiera y mereciera escucharlo, cómo aprovechando la fortuita situación de los cambios de partido en el poder republicano, la bella Isabelita se fué a ver a su tío, tan pronto como supo que le acababan de hacer ministro de Hacienda, y le pidió un empleo en aquel ciclópeo ministerio.

–¿Qué sabes hacer tú en un Ministerio de Hacienda, qué sabes de las finanzas del Estado?

–¿Qué tengo que saber?, caramba, no te estoy pidiendo ningun puesto de jefe de liquidaciones, sólo quiero la cosa más fija y corriente para trabajar y vivir el resto de mis días.

Treinta y tantos años despues el piso de esta auxiliar, en la avenida Mola, estaba medio atestado de muebles y baúles procedentes de extinguidos patrimonios familiares, en el Pirineo o en Cuenca, y el baño era tan malo como el de las pensiones.

Ella pasaba grandes temporadas en Gandía, y su piso madrileño, cuyas llaves estaban siempre en poder de alguna vecina, podía ser utilizado como último suplente o emergencia final, por Jamie, para una o varias pernoctas.

* * * *

Jamie llevaba en Madrid la vida de un monje pésimamente avenido consigo mismo y a medias con el ambiente. Algún compañero suyo estaba instalado a la perfección en un buen colegio mayor, pero Jamie había llegado de Alemania con el curso muy comenzado en todas partes, sin dinero para mensualidades de fianza y sin recomendaciones introductorias o saltabarreras.

El problema de las distancias, la falta de coordinación de horarios, el temor a verse envuelto en gastos especiales, aunque fueran de menor cuantía, le retraían de llamar a alguna gente del Norte, de su edad, con la que debiera haber contactado si quería amenizar su vida. Pero Jamie jamás tomó la menor iniciativa para salir de su situación, ni se molestó en buscar un número en la guía para localizar gente conocida de los frontones de por allí arriba y compañeros de la infancia.

Madrid era básicamente un lavado de cerebro que Jamie utilizó con despiadada energía contra sí mismo y contra todo, se lanzó de cabeza a una ciénaga de austeridad forzosa para conseguir así un mejor vínculo con su propia misión de opositor.

Madrid era un presidio oriental con una especie de ciudad dentro, y él no tenía otro objetivo que excavar con las uñas y la soledad un largo túnel de siete u ocho meses, llegar a la Cámara de los exámenes y escapar con el pergamino infinito del aprobado cosido a las entrañas, sin volver la vista atrás. Ni se concentraba mucho ni abandonaba sus obligaciones. Entre su emotividad y su cerebro hizo el pacto de quien va en un coche deportivo al paso cansino de un utilitario, o mejor, se aplicó a sí mismo el ritmo de zancada y calma con abyección del especialista en 100 metros lisos que se ve obligado a renunciar a su naturaleza y corre una maratón...

La necesidad de no malbaratar el dinero trabajosamente aportado por la familia, y la católica incapacidad para no considerar catastrófico un fracaso en las oposiciones (treinta firmantes por cada plaza) le impedían realizar sus deseos higiénicos de buscar sociedad y compañía solariega, ocio, comodidades o cualquier iniciativa pecaminosa, es decir, divertida.

El resultado de este cilicio síquico era totalmente contraproducente para sus propósitos de productividad, y lo hubiera sido tambien para la simple estabilidad emocional de cualquier persona mucho menos sensible que él. Terminaba encontrándose en la situación de un engendro que ni estudia ni trabaja ni se divierte, que pasa algunas horas con la nariz cerca de los apuntes, observando con repugnancia la letrilla de temas y temarios, que subraya líneas con los dientes prietos de desinterés, confiando en que alguna iluminación budista y cenital o revelación cristiano-epileptoide llevara aquellas estúpidas frases jurídicas y culturales a su cabeza, en el momento del examen, inexorable como la muerte.

Luego se iba a la calle a ver mujeres y escaparates, a enamorarse agónicamente de alguna transeúnte ofeliana que pasara en un trolebús, o de la dependienta de la farmacia que le había servido pasta de dientes, ignorantes a conciencia de que él, mientras no sacase las oposiciones no existía, no tenía cuerpo real sino aparente, era sólo el ectoplasma errante del Caballero de la Triste Figura en las horas más grises y bajas, nunca incluidas siquiera en las páginas de su aventura.

Cualquier acción de avance en el terreno erótico le estaba vedada, las propias mujeres por lo regular requieren un tiempo y unos medios (cuadrilla de amigos, coche, piso, pago de consumiciones y entradas) más o menos exorbitantes, y demás, incluso las que parecen más flechadas por tu aire de nórdico espigado, oh Jamie, bien te supones que están, al margen de su propia apasionada simpatía, medio podridas de miedo a hacerlo y de aspiraciones de control exclusivo de los asuntos de la pareja.

Jamie estimaba para sí mismo que habría en Madrid unos cientos de miles de mujeres (o muchas más) perfectamente capa-

ces de admitirle en el círculo de sus amistades para pasarlo bien, sin más, cosa que para él hubiera sido altamente apreciable y conveniente, y él era el primero en saberlo, pero no disponía de una varita mágica para resolver a su gusto y con su ritmo forzosamente inestable sus propios problemas sociales, veía toda la sociedad y el gentío madrileño, y allá lejos los villorrios de todas clases, cargados de problemas fácilmente solucionables si las normas sociales no fueran otras menos bordes y enemigas de cada cuál, y recurría al racionalismo verbal, como quien resume en titulares objetivos la crónica de cualquier clase de sufrimiento personal, para dar por anestesiado el problema, de modo que su honda melancolía, equivalente a veces a una histeria arterial, cruel y pegajosa, quedase bloqueada en el perímetro de un ejercicio de redacción.

Se repetía estos refranes sensatos e imperativos, –soy un opositor, *«lasciate ogni speranza voi ch' entrate»*, pero este infierno habrá acabado dentro de un año, Dante superado, estoy triste porque me falta la fenomenal alimentación de casa y los frontones, las chicas, reñiría al minuto con la más tierna, quién se iba a interesar en él ni en la tristeza de alguien que carece de presupuesto como yo, todo sucede porque ninguna llegará a conocerme, no se puede pasar la primera barrera, ellas van siempre a lo suyo, como tontas– cuyos términos amparaban la resignación necesaria para hacer marchar la cosa, dejar que las horas y los días fueran hacia delante sin peores complicaciones, y él cumpliera lo esencial de sus obligaciones diarias aparentes, bajo el régimen de quien hace a la vez los dos papeles, el de caballo que tira del carretón y el de arriero que con sus lemas, cantares, blasfemias y flagelos consiguen que el traqueteo no se interrumpa.

En algunas ocasiones la falta de amigos, intermediarios y recursos de todas clases se le hacía tan aguda que se sentía contaminado de su propia imagen y condenado a la intemperie de loco. Entonces salía de casa y se refugiaba en cines, periódicos y libros, buscaba el camuflaje de las turbas, iba incluso al Bernabeu a ver equipos como el Zaragoza o el Valencia que no le interesaban demasiado pero que jugaban mejor que de ordinario y solían perder por causa del control arbitral dirigido a que el Madrid no se

cansase cada domingo contra espúreos equipos de provincias y pudiera reservarse para las copas europeas, que ya llevaba entonces ganadas cinco.

En el aspecto alimenticio las cosas tampoco iban muy boyantes.

En Pagasarri, calle Ballesta, el filete de vaca andaba por las doce pesetas y había menú completo por muy poco más. El arroz a la cubana o con plátano eran platos muy socorridos en la zona pero casi desconocidos de Jamie en su experiencia de viajes norteños o por Europa, y a ellos recurría, o a guarniciones con gran puré de patata, intentando llenarse. Echaba grandes cantidades de aceite a cualquier cosa (excepto el flan) con el fin de acabar con el pan un poco mejor que a pellizcos y absorber más calorías.

La red de cafeterías ILSA-FRIGO, que a la sazón parecía ya una multinacional del «snack», ofrecía, por unas veinte pesetas, ternera, huevo, guisantes, tomate, puré, pan, vino o cerveza y postre. Jamie sentía que la comida barata es alelante y arguilladora, que diseca la energía y aplasta las ideas, alguna vez despues de comer un menú de snack en un sitio o no acertar con un menú suficiente en un restaurante económico, se metía en otro sitio y comía otra vez.

Jamie, vestido, era de aspecto casi asténico, había que entender bastante de deporte para respetarle por sus músculos al primer golpe de vista, pero comiendo era una hiena del ártico, parecía además que los camareros adivinaban en el acto su canina *con recámara,* como si, al revés que los músculos reforzados pero subcutáneos, la llevara encima del rostro. Su verdadera supervivencia en el apartado de la nutrición se basó en botellas de leche o jarros de litro en cualquiera de las vaquerías que poblaban el Madrid más céntrico y viejo y en terribles bocadillos adquiridos al peso en las charcuterías siempre dispuestas a salirle al paso.

Durante las primeras semanas el asunto no había sido tan negro ni desesperado. En la Facultad de Letras, famoso comedor Bellabraga, comías por quince pesetas pero con la maravillosa fantasía oriental a tu favor de poder repetir del primer plato tantas

veces cuantas soportara tu cuerpo, mientras podías contemplar a tus anchas una infinidad de tías buenas de las mejores razas nacionales y extranjeras. Pero pronto fué descubriendo y acostumbrándose a otros lugares menos alejados del centro y menos costosos en tiempo o en autobús, y los comedores universitarios se le quedaron un poco parvularios o ajenos.

Algún domingo Jamie remó un par de horas en el Retiro –no existía entonces la Casa de Campo en su actual versión lacustre–, en unos pencos de barca semifósiles y crujientes, sin estrobos[1] y con unos remos que parecían palos de encerar.

En su habitación hacía gimnasia por series rápidas de centenares de abdominales, lagartijas, flin-flanes y flexiones desde el pino, puentes de espalda, todo lo que se ocurría, en dosis masivas y sin paradas prácticamente, para qué perder tiempo entre ejercicio y ejercicio, siempre vivamente impaciente por el minuto siguiente, por salir a la calle, por volver a casa, por ir a donde fuera, por hacer o deshacer, siempre bajo una especie de compulsión mística encubierta por cualquier detalle de la luz, de la gente, del paisaje urbano, de los escaparates, de los libros, de las conversaciones.

Su diversión era moverse, no parar y en la gimnasia se sentía como el arco de Ulises, tendido e irrompible, no hacía todavía más, como entonces no se practicaba **footing** o tantas cosas de fondo deportivo actual, sencillamente **porque no se sabía** que se podía llegar a tal número de horas o de repeticiones, o de intensidad, y al no saberse, se pensaba que no.

Al menos en su gimnasia, Jamie no tenía nada de anacreóntico, sólo practicaba el «panta rei»[2] de Heráclito, pero a toda velocidad y con frenesí.

A mediados de noviembre se sacó cierto carnet de deporte universitario y empezó a acudir, en los bajos del «viejo caserón de

1. Estrobo: Argolla de cuerda para sujetar el remo contra los pitoncitos de madera –toletes– que a cada lado del remero permiten articular la remada con soltura.

2. Todo discurre, todo fluye o corre, nada es fijo en la existencia.

San Bernardo» donde estaba la Facultad de Políticas y Económicas, al gimnasio de los GUL, con ese nombre de mafia turca o secta racista tejana eran los Grupos Universitarios de Lucha, donde realmente no se daba apenas otra lucha que judo.

Jamie, cometiendo diversos desaguisados contra algunos infelices y ganando trofeos de principiante en su tierra natal había llegado en siete meses a cinturón verde (3º kyu). En los GUL había varios azules y marrones añejos y hasta los blancos tenían un nervio desesperado y crispante como si los estuvieran violando en una película norteamericana de presidiarios.

El profe era un burgalés, Nico, con pinta y hechos de prominente catcher, el cual, un día sí y otro tambien, despues de estar toda la tarde en el estadio de la universidad entrenando atletismo, se pegaba un par de horas zumbándose con todos los judokas a cara de perro y de matón, y para irse a gusto a la ducha tiraba series de press de banco con ciento treinta kilos.

El angelito procedía de la lucha libre, y en el suelo podía ponerse a merendar y despachar correspondencia o tertulias con las visitas manteniendo en inmovilización al siguiente más pesado y bruto del gimnasio. Se rumoreaba, obviamente en su ausencia, que le habían adaptado para judoka y regalado el cinturón negro en cuatro meses, con miras a la competición internacional, donde había fracasado golosamente ya que el italiano Tampesta lo había volado en siete segundos, y ni siquiera contra los portugueses había obtenido más que un combate nulo, por lo que el hombre, para desgracia de la afición se estaba centrando en tareas de entrenador.

Aunque en aquel dojo[3] había mucho más salvajismo que técnica lo cierto es que algunos de los puntos fuertes que por allí circulaban muy pronto iban a ser campeones de España en términos absolutos, o estar muy cerca del podium, y precisamente todos los buenos eran pesados o semipesados, con ellos, con otros regulares que eran el resto de la partida y hasta con los simples neuras de la plebe Jamie se sentía fracasado, falto de forma, fuera de naturaleza y ape-

3. Tapiz o lugar donde se practica algún arte marcial japonés.

nas válido como representante de su tierra norteña y sin mucho porvenir, pues valía más por agilidad e inteligencia que por cabezazos.

Entonces no había categorías de peso de modo que un equipo podía ser de cinco pesados y él tenía sólo setenta kilos, aunque fueran de cable pirenaico, añoraba una enseñanza más técnica y organizada, no tener que sobrevivir a base de fuerza, hubiera preferido boxeo o algo en donde la agilidad sirviera y no le dieran ya la ventaja al gordo, obligando a un agarre hecho, como entre tonticos de fiesta infantil.

Con aquellos bruteras de las mejores dehesas hispánicas aprendió Jamie a rectificar ciertos prejuicios regionales, pues a la vista estaba que fieras y campeones brotan en todas partes, y si tú vas a tener un problema con alguien te da lo mismo cómo vayan las estadísticas de estaturas entre las regiones o las heroicidades de la historia, tú tienes que resolver tu caso concreto, tu combate, y los sociólogos, los politicastros y los folkloristas de café y leyenda no van a estar allí para guardarte la chaqueta, así que se le desmitificaron bastantes cosas, y la simple y terrible dificultad de no ser vencido, o de vencer cuando ya has echado los hígados en el empeño le sirvieron para desmitificar en buena medida las ingenuas valoraciones de la gente de su tierra, identificada con la fortaleza suprema del mundo.

Además Jamie había empezado el judo a mediados de noviembre, en plan tardío respecto al comienzo de la actividad por los demás que databan de septiembre-octubre, y sin ser conocido de años anteriores, así que se veía bajísimo en resultados y prestigio, por lo que constituyó una completa sorpresa para él verse invitado a los entrenamientos especiales como preseleccionado para el equipo universitario nacional, que para la primavera tenía programadas tres hermosas salidas a países lejanos.

Esto indica que seguramente Jamie se valoraba muy modestamente a sí mismo, o que era demasiado orgulloso y exigente para estar contento de sus actos si no veía rendimientos fulminantes, o que quizá hubiera debido emprender un tipo de esparcimientos más intelectuales y arreglarse en lo físico con otros deportes más

puramente atléticos. En cualquier caso, no se le ocultaba que el hecho de estar en Madrid y ser conocido de los capos de la cosa nacional por aquel entonces le servía para ser seleccionado por delante de gente que habría en provincias con muchísima más clase y experiencia, porque para eso, España es mucha España y la cosa quizá no cambia ni lo más mínimo.

Finalmente, no hubo lugar. Aunque Jamie estaba progresando bastante a fondo, el desarrollo de sus cualidades judokeras habría de esperar ocasiones sucesivas, porque a los dos meses de su ingreso en la élite de los preseleccionados y los entrenamientos especiales salieron las notas del primer ejercicio de la oposición, un trabajo jurídico general que aprobó con el número dos del total de la lista, y al ver que la cosa de las oposiciones dejaba de ser una entelequia el kimono volvió al viejo arcón familiar de la ropa que no se va a usar por largo plazo y las horas GUL se convirtieron en horas de pasahojas de temas y paseos urbanos múltiples pero breves.

El tema del examen aprobado había sido La Reforma Administrativa en España. Palabra de tecnócrata. Yendo a Madrid en el Automotor se había leido el preámbulo de la Ley de Procedimiento Administrativo, que iba en un librito que le cabía en el bolsillo de la chaqueta, y cuya publicación empezaba con el discurso de presentación de la Ley en las Cortes por López-Rodó, de modo que Jamie compuso su ejercicio con una exposición de los giros del ilustre tribuno opusdeista cuando explicaba a los padres de la patria su proyecto legal, adobado con algunas consideraciones de sentido común dichas con cierta elegancia, cosa que a Jamie siempre se le daba bien, aunque hubiera preferido siempre la exposición oral.

De todos modos, para ir sin la más mínima recomendación, aquella España de todas las Españas, igualita que ésta de ahora, no está mal el número dos.

II

Jamie aprobó el tercer ejercicio, con el cual la oposición quedaba arrancada de su corazón y el cocido resuelto *sub especie aeter-*

nitatis, sin más trompetas ni signos celestiales que si hubiera aprobado el sexto curso en una carrera de seis.

Aquella tarde decisiva de mediados de junio el tribunal terminó con su ración de opositores hacia las ocho, se retiró a deliberar y al rato apareció sobre el tablero de corcho del corredor la lista de los aprobados del día. El brinco moral de Jamie al verse aprobado fué de los que llevan la columna vertebral hasta los cielos, le parecía gigantesco haber cumplido ya con aquel sacramento de asegurarse la vida, pero sabía a la vez que lo principal de tal evento y sus verdaderas repercusiones no podían ser conscientes todavía, ni para bien ni para mal.

Cenó con algunos colegas que por orden de lista se habían de examinar más adelante o eran de otro ramo, dieron unas vueltas de puro estirapiernas y luego unos cuantos fueron metiendo cuatro horas netas ayudando a Manuel de Jesús en algun resumen actualizado de temas que podrían tocarle dentro de un mes aproximadamente, y que tambien iba a aprobar. Bien se lo merecía el Manolo, con treinta años, siete más que Jamie, dos idiomas muy bien llevados y dos oposiciones de Técnico Comercial del Estado suspendidas en última ronda.

El caso es que la noche de su propio aprobado Jamie se acostó a las siete de la mañana despues de haber ingerido con aquel grupo, que opositaba desde otra holgura económica un montón de tazas de Nescafé y en particular media botella de Insuperable, mercancía de cierto prestigio en el mercado de los coñacs de entonces, y se levantó dos horas y media más tarde, sin el menor asomo de resaca ni intoxicación, colocado en un éxtasis de plena forma física y moral absolutamente nuevo para él, era la noción carnal del milagro, como se tiene que sentir ese arcángel que acabe de vencer con su espada los poderes del infierno.

No necesitaba espejo ni palparse para saber que estaba ostentosamente transformado, cual máquina de lujo recien preparada para su venta por profesionales, no necesitó peinarse siquiera despues de dos horas de almohada porque tenía el pelo perfectamente peinado en su forma habitual, estaba satinado como el fruto de

alguna experimentación industrial premiada por la fortuna, y sólo así, una vez desaparecido, percibió el enorme banco de tensión que había estado buceando por el interior de todo su ser durante aquellos meses de Madrid.

Un lote de angustia inconsciente ligado al desafío de aprobar o suspender, algo tan feroz y por suerte no demasiado perceptible, que resultaba altamente preferible no haberlo cocido hasta entonces y que le hacía sentir instintivamente la necesidad humana de suprimir este procedimiento competitivo, azaroso, injusto y deformante de jugarse las oposiciones a tres asaltos, aunque él hubiera triunfado de la ordalía.

Aquella mañana aprendió Jamie de su propia relajación hecha salud y bautismo dorado, que el cuerpo tiene sus propios marcadores ocultos y lleva una cuenta de las cosas muy aparte de lo que el sujeto puede conocer. El había incubado aquella tensión desconocida pese a tenerse a sí mismo por uno de los tipos más conscientes de sus propias cosas del mundo entero (sin llegar a yogui por falta de medios prácticos) y si el bate no hace estallar la piñata, el botijo de aquellos venenos acumulados, nadie hubiera tenido idea de tan terrible embarazo histérico-social.

En julio volvió a examinarse de oral de inglés, una opción para subir medio punto y mejorar de puesto o asegurarse el ministerio que prefiriera en su selección final, cuando pidiera la plaza definitiva, así que fué a la antigua sede de la universidad complutense, en un Alcalá de Henares casi desierto bajo el cielo tórrido, donde parecía que la gente iba a aparecer vestida al modo cervantino por los soportales como de galería de mina.

El presidente del tribunal sabía menos inglés del que debiera y pronunciaba como un madelman de las primeras lecciones de cualquier método radiofónico.

Era un tío horroroso convencido a la par de ser un maniquí y un intelectual, tenía el pobrecillo una calva que le venía demasiado grande, como si estuviera a punto de parir por la cabeza, iba todo él pulimentado y placado bajo un complejo de chaquetas/camisas/corbatas con alfiler y otros trapos excedentes, no chaleco,

que parecían sustituir incluso el interior del cuerpo, gafe perverso de individuo, consiguió, con su pedantería por todo sortilegio que Jamie cometiera una falta «transmitida» por él mismo e inmediatamente rectificada por Jamie, una falta que no correspondía al nivel de inglés de Jamie sino al del maldito barril de vanidad torpe: Jamie no incurrió en el error pero fue medium del miasma mental esparcido por aquel examinador sin más práctica que su propia pedantería y de un modo inexplicable según su nivel dijo *more well* en lugar de *rather*, aunque lo corrigiera como el rayo, el calvo, feliz como un indio con una trucha, y seguro de que pocas veces sorprendería a nadie en una falta semejante, muy digna de sus propios alcances como examinador y del desuso inglés del candidato por causa de los temas memorísticos, procedió a bajarle veinticinco centésimas, exactamente el cincuenta por ciento de cuanto podía mejorar en aquella comparecencia, a lo largo de la cual no consiguió levantar ningun otro tropiezo para consolar su pronunciación de cateto garbancero.

Ese mismo calvo resultó ser el subdirector de la Escuela Superior de Funcionarios de Alcalá de Henares, donde la promoción de Jamie serviría de conejillo de laboratorio para sufrir un proceso formativo de seis meses completos de clases, de octubre a marzo, que luego se complementaría con dos meses más de conocimiento y visita del Ministerio en el que cada cual hubiera recalado, ya sin salir de Madrid cada mañana como en el primer semestre.

El calvo cabezón debía andar arrimadísimo al Opus, al menos por cuanto de él mismo dependiera, pues siempre llevaba en la bandeja del ventanal trasero de su coche un misal de rica piel negra con funda de lo mismo, y en ocasiones, Camino.

Era un contraste psíquicamente muy curioso para Jamie, que procedía de cinco años en un conato de universidad opusiana, que pretendía marcar una impronta en todas las cosas y personas propias y ajenas, pero que de momento era una obra de andar por casa, contemplar cómo en otros lugares del universo al Opus había que buscarlo, y hasta perseguirlo, porque no estaba de oferta ni exhibición continua como en Pamplona.

La Escuela Nacional Superior de Funcionarios o como demonios se llamara a la sazón, constituía una niñita de los ojos de los tecnócratas del régimen.

El profesorado era excepcional, Fuentes Quintana daba diez temas de Contabilidad Nacional; Ansón Oliart, hermano del que luego abanderaría el ABC, la Psicología; Jiménez Blanco, Traductor de Parsons, la Sociología. Inauguró el curso de aquella promoción Carrero Blanco *in person*, y durante las clases generales que se impartían en el aula más magna de la antigua universidad se podían sufrir interrupciones por el paso de visitantes excelentísimos, un ministro extranjero, algun embajador o la princesa Irene de Holanda esposa de Carlos Hugo de Borbón Parma, marginado en sus pretensiones a la Corona de España, el día que sacasen de la nevera el mencionado sombrero de reinar.

* * * *

La suerte de Jamie había mejorado considerablemente desde el año anterior, el año de la angustia, hasta su ropa y su expresión eran mejores, el hondo bache económico había cesado dejando paso a una situación de raterillo satisfecho con las propinas, pues ahora tenía la misma aportación de su casa más el subsidio oficial de funcionario en vías de formación, que debía ser algo así como las tres cuartas partes del sueldo base de un técnico de entrada, lo que le reportaba un pasar tan holgado que se permitía descartar a primera vista las pensiones lóbregas y los lugares de aspecto menos grato y llevadero en general.

El año anterior, merced a su peregrinar por las pensiones había adquirido cierta experiencia social, tan preciosa en sí como estéril para quien no vaya a ser novelista, por la convivencia con elementos de todas las Españas profundas y algunas incrustaciones extranjeras para adornar el ramo, gente de todos los estudios y profesiones, tipos que pronunciaban expresiones zafias y malignas continuamente delante de cualquiera, como quien masca chiclé, o que permanecían callados para siempre, alguno de tarde en tarde con pinta de militante de las bajezas humanas más artesanales,

gente correcta y resonante, o agudos y discretos, gente del Sur, del Norte, del Polo y del Africa, oficinistas taciturnos y huidizos, señoras resignadas y una abundancia desmesurada de estudiantes de ingenierías varias.

Una de las más completas fué la pensión de la calle Hartzenbusch, un segundo piso en el que no faltaba un opositor a judicaturas, con la portentosa edad de 32 años, todo el día en pijama y albornoz, calvo como un vidrio, el cual recomendaba a los otros 20 huéspedes, cada vez que salían a la calle que encontrasen *guanijei* (ligue o cachondeo moruno encaminado a la consumación sexual) con tipas de coñito tibio.

Había allí unos alicantinos cuyo taco-interjección habitual era *¡fotré!*, (expresión jamás contrastada por ningun otro ciudadano del Levante interrogado al efecto), los cuales recibían la visita, para salir, de imponentes hembras de su comarca, que además resultaban ser simpatiquísimas chicas con las que tenían amistad de grupo desde la infancia playera, unas muñecas deslumbrantes y poco acomplejables, muy aptas para provocar el suicidio volcánico de todos los ermitaños de este mundo y demás gente tímida en general que se cruzara en su camino, y, para compensar la invitación a sentirte abyecto que aquellas duras diosas del Mediterráneo proyectaban, había por allí algun zamorano desproporcionado de cabeza, cuello, tronco y extremidades que se vengaba de todo siendo el primero de su promoción en Caminos, hijo del alcalde de su pueblo natal y manteniendo ante todo el mundo que Mao-Tsé-Tung era un genio de los que se dan cada cien millones de pobladores del planeta tierra, ni más ni menos, y todos los demás una escoria sin razón de ser.

La convivencia con manchegos, murcianos, leoneses y otras gentes cuyos codos nunca se habían rozado con los de Jamie a la hora de comer, de dar una vuelta o de ir a una película por la glorieta de Bilbao y San Bernardo fue una ampliación bastante interesante de su capacidad de opinar sobre la humanidad, practicando la divisoria estadística que todo grupo humano merece, a saber, algunas reglas generales y muchas excepciones individuales.

En Hartzenbusch tenían encima del suyo dos pisos donde vivía una plasta de vocalistas sindicales que vivían sempiternas temporadas de paro bajo misteriosos subsidios del verticalismo, y encima de éstos un piso que era casa de putas y que por razones ignotas no resultaba ruidosa ni dejaba sentir su presencia a ninguna hora del día o de la noche, al revés que los parados del sindicato de las artes escénicas, que ensayaban corales de zarzuela y verbenas matritenses desde el alba hasta el crepúsculo.

Contaban con un tenor que por puro afán platónico de lucimiento entonaba hasta romanzas italianas, mesetariamente pronunciadas, con un concepto y ejecución del *bel canto* que rebosaban vulgaridad, osadía y deficiencias musicales insalvables, el cual tipo, con la misma perversidad madrileña con que el público del Bernabeu celebraba cualquier gol merengue obtenido mediante reiteradas violaciones del portero y otros jugadores adversarios que no escurrieron el bulto a tiempo, masacraba las partituras populares o de Verdi o Puccini complacidísimo de su propia habilidad y maravilla.

Casi al pie del edificio había una mejillonera de la cadena de La Ría, donde por seis pesetas podías engullir una docena de enormes moluscos al limón o al picante, y por diez una cazuela de los mismos, sin concha y al ajillo, que la servían rezumando explosiones de aceite como para guisar un mártir.

La comida en aquella pensión era buena, la sopa de pescado venía fuertemente aromada de unas cuantas especias y laurel masivo, densa de tropezones y anillos de calamar cortado, y el porcentaje de días de alubias verdes con patatas, cuya ausencia en la alimentación pensionil debiera servir para otorgar estrellas o percentiles de calidad a los hospedajes de aquel Madrid, era mínimo en Hartzenbusch.

* * * *

Durante el curso de Alcalá y los dos meses de prácticas que siguieron en el Ministerio obtenido por cada cual mediante solicitud y valor de la nota final de la oposición, Jamie se dedicó a resar-

cirse de pequeños reconcomios de alojamiento y comida del curso anterior.

Ahora frecuentaba menús de cincuenta a cien pesetas, estuvo algunos días en habitaciones con una alfombra de oso natural no decapitado, en pisos utilizados a veces por conocidas firmas industriales para sus ejecutivos, pero mayoritariamente dividió a partes iguales la duración del curso en Alcalá y la primavera de prácticas entre dos pensiones, en las calles Conde Peñalver y Génova.

En Peñalver conoció a Morrestrosa, hijo de un ferroviario valenciano, que en plan cansino se parecía a Richard Burton y estaba colocado en un sedicente gabinete de estudios dentro del Ministerio de Información y Turismo, donde no hacía más que leer todo el día lo que le daba la gana y cobrando por contrato casi el doble que Jamie tras la oposición.

Morrestrosa pagaba una habitación doble para tener la segunda cama enterrada en libros que no podía meter en ninguna parte, era un ilustrado intransigente, de ideas automáticas como una cucharada de sales efervescentes en el agua, y padecía una mediocre asimilación intelectual de los ingentes datos en que chapoteaba y de las frases bibliotecarias que ensalmaba a diestro y siniestro, como si viviera rodeado de antropófagos malayos, todo lo cual le condujo, quién sabe si por lógica o por antilógica, a obtener un poco más adelante, y pese a su flojillo inglés, una beca Fullbright y, ya en la actualidad, una cátedra en alguna de las universidades madrileñas para cualquiera de las asignaturas sicológico-sociales que por orden de los anglosajones existen numerosamente en cualquier lugar del mundo, incluidos países bastante más espabilados que España.

Morrestrosa desplegó una buena actividad como hombre de las Ciencias Sociales en *el caso del novio desesperado*, que consistió en los terribles disgustos de uno de la pensión cuando le dejó la novia. Estudiante de Montes, cetrino de cara (y quizá de espíritu) con pelillos negros sobre las ojeras y sobre los pómulos, y una forma de hablar brusca, como de involuntario contrincante de su interlocutor.

Procedía de alguna serranía castellano-leonesa y había estado saliendo con una chica durante el último año. Tenía dominada a la infeliz, el acomodador de algun cine les abría un palco y él se ponía las botas con la nena, la tomaba sentado, con ella en el aire que «aleteaba en el aire al correrse, como una mariposa», nos contó luego él, cuando llegaron las horas de la amargura y la privación.

Ella se cansó de servir sólo por su amable físico y le dejó plantado, quedándose él más como perra parida que le quitan los cachorros que como macho austero que sepa encajarlas cuando vengan mal dadas.

Le pescaron haciendo preparativos para matarse con somníferos y lo condujeron puntualmente a tratamiento siquiátrico un trimestre entero, los más antiguos en la pensión, los de más tiempo libre y los más curiosos de la pensión.

El pobrecillo amante de palco perdió el curso completo pero salvó la vida, fue recobrando serenidad y se marchó al pueblo a reponerse, huyendo quizá del exceso de intelectualismo, de los espantosos rollos y de los diagnósticos dogmáticos como escopetazo de recien llegado, del veterano Morrestrosa, quien casi llegó a pensar que el siquiatra era él mismo, y la Verdad y la Vida.

Entre las diversas noticias sobre lo que hacía o decía el verdadero siquiatra a lo largo del tratamiento del infeliz colega, a Jamie le llamó poderosamente la atención que toda la terapéutica aplicada se basara en convencer al paciente, antes que nada, de que ninguna persona es insustituible, que todas las personas deben funcionar entre sí como «perfectamente iguales y fungibles (sustituibles)» a efectos de *no echar de menos a nadie, dando a entender que emperrarse en nostalgias feroces por alguna persona determinada es una práctica típicamente paranoica y un caso de resistencia a la curación*.

Claro que cualquier versión venía siempre a través de Morrestrosa, y eso debilitaba mucho la seriedad de la información, dada la espesa capa de pretensiones *racionalistas* y de manías óptimo-desmitificantes que el condenado aplicaba, como un barniza-

dor loco, a todos los objetos que la vida ponía a su alcance, sin distinción de animados, inanimados o exánimes.

Pese a todo Jamie dio por sentada esa parte de la transmisión, que le sirvió de primer barrunto sobre las posibilidades de la siquiatría moderna, que empieza por luchar esclarecidamente con las ideas del paciente, sean cuales sean.

Hay que advertir que Jamie hubiera sido siquiatra de no haberse cruzado en su camino, de modo manifiesto y agitador, el Ministerio de Educación, Ruiz Jiménez al frente. En efecto, por designio materno para continuar una tradición de tres o cuatro generaciones de médicos en su familia, a Jamie, hermano menor, le tocaba ser médico, y por razones temperamentales, amplias lecturas y cierta imprescindible pedantería humana compatible con toda clase de otras cualidades e ingenios, el bachiller Jamie, apenas leidos Los Caracteres de La Bruyère y alguna cosilla más, se consideraba llamado a la siquiatría.

A Jamie no le importaba leerse, a los catorce años, aunque prefiriese otras cosas más divertidas, El Examen de Ingenios, y su preferencia por las humanidades más genuinas o la literatura destacada apenas tenía reflejo posible en el sistema educativo que el Estado aplicaba ya por entonces a las nuevas generaciones, Jamie se limitaba a obtener las mejores calificaciones previstas y toleradas por el sistema a su edad, de un modo relativamente misterioso, pues se le veía muchísimo más sin libros y con balones o haciendo de agitador colegial que estudiando.

A su generación le tocó inaugurar la primera reválida de bachillerato elemental a los catorce años, obteniendo la primera matrícula de honor en tal negocio, y por mantener su opción a los futuros estudios de Ciencias en la Universidad se permitió hacer quinto y sexto de bachillerato en las dos ramas, letras y numeritos, inventándose con ello una opción que no estaba prevista pero tampoco prohibida todavía en el nuevo plan de estudios.

Su esfuerzo resultó estéril porque al año siguiente de la reválida de sexto –igualmente librada por Jamie con M. H.– se implantó el primer curso *preuniversitario* importado por Ruiz Jiménez, en

el cual ya no se permitía de ninguna manera duplicar asignaturas. Por lo demás el panorama, los programas y las normas de los exámenes oficiales, viajando toda la muchachada a la cabeza de distrito universitario para el examen de acceso a la universidad, eran tan oscuras y tan particularmente desconocidas en los colegios de jesuítas, *en provincias*, que Jamie, nada fiado de que en Ciencias no aparecieran los señoritos examinadores de Madrid o Zaragoza con problemas totalmente desconocidos, y seguro de no caer en ninguna trampa excesiva en traduccciones de latín o griego, optó por asegurarse el aprobado y se matriculó en Letras.

El curso fué muy ameno, inaugurando una etapa de modernización y pijeo en la vida colegial que empezó a consistir, para chicos con dieciseis años pastoriles y subpirenaicos, en visitar fábricas de los contornos, viajar a Madrid, oir conferencias y olvidar todo lo aprendido anteriormente con alguna dureza o un poco de meollo.

Al curso siguiente, el ministro R. J. decidió poner banderillas de fuego a quienes empezaran medicina, decretando que el primer curso de la carrera fuera selectivo y eliminatorio y que se compusiera exclusivamente de cuatro asignaturas, Matemáticas, Física, Química y Biología, disciplinas que despues de un año completo de turismo cultural y formación decorativa, dan cierta pereza, por todo lo cual se produjo la definitiva desviación de Jamie respecto a cualquier porvenir de siquiatra, matriculándose en Derecho, por la simple necesidad de no disgustar en casa haciendo una carrera tan baladí como Filosofía.

Jamie, con una de las dos mejores trayectorias académicas de su provincia hasta los diecisiete años, y sin ningun trauma particular ni cotidiano producido por el sistema educativo, sistema al que había hecho el menor caso posible por su parte, daba por comprobados y personalmente certificables los perniciosos efectos directos de la política educativa oficial sobre la vida de la gente pacífica.

No estaba excesivamente sensibilizado hacia la siquiatría porque intelectualmente no era ningun ingenuo y le constaba que

cualquier Ciencia Social se aparta mucho de los sabores claros y se rodea de unos frentes de maleza, lenguajes híbridos y miserias estadísticas exageradas como para permitir que nadie llegue y bese el santo a la primera sin pasar un buen calvario y una reducción de posibilidades personales que hasta mucho más adelante no reaparecen y pueden dar juego.

Por lo demás el siquiatra de aquel estudiante de Montes plantado por la humillada novia insistía mucho en detalles curiosos, debidos seguramente a lo más aguzado de su práctica en materia de abandonos mal llevados, por ejemplo, preguntaba mucho si el cetrino estudiante y su linda mocilla se habían acostado alguna vez de modo pleno en una cama, y la verdad es que habían alternado sexualmente durante dos años sin dar con un verdadero alojamiento, nido o tálamo confortable, limitándose a levitar orgásmicamente el uno contra la otra practicando el sexo con toda clase de vigorosas dificultades, en corredores, soportales y ángulos inmobiliarios, además de los palcos, sin aproximarse nunca a un verdadero desnudo de pareja.

Sin llegar a ninguna conclusión definitiva, Jamie mantuvo siempre en su recuerdo del caso un enorme velo de extrañeza, (admitida su falta de datos sobre todo aquello) tendido sobre la contradicción que parece darse entre el hecho de que las personas seamos todas sustituibles las unas por las otras, si no queremos caer en supererogaciones neuróticas de nuestra propia personalidad, y luego resulte importante si hemos coyundado contra un árbol o debajo de un coche.

Jamie era bastante respetado en la pensión de Conde Peñalver, justo frente al Hospital General y casi esquina Silvela, no por ser del Norte ni por su anterior expediente de estudios, sus recientes oposiciones o su mordacidad imprevisible, sino por su reconocida capacidad en artes marciales y sus habilidades gimnásticas, muy beneficiadas éstas últimas gracias a una terraza con emparrado y unos estupendos andamios metálicos que de forma inmemorial daban marco a unas obras en la terraza y en todo el piso de al lado, de modo que Jamie, aunque no tenía afanes exhibicionistas sin federación deportiva por medio, tampoco se priva-

ba con las del alba o bien anochecido de machacarse allí a planchas, a pinos y a volteos varios, cosa que en definitiva despertaba un gran respeto entre los observadores domésticos.

Los tipos de aquella pensión, casi todos estudiantes pretenciosamente racionales o intelectuales, tenían, sin embargo, una opinión mágica y primitiva sobre cualquier técnica oriental de lucha. Sus opiniones eran realmente materialistas y toscas sobre cualquier asunto desconocido, y bastaba granjearse entre ellos una buena primera impresión basada en cualquier nadería, para tenerlos regularmente a tus plantas por el resto de la vida.

La suerte vino además en ayuda de Jamie al segundo día de estar en la casa.

Morrestrosa, con sus noventa kilos, predicando siempre lo robusto que se sentía por regar de noche las huertas durante todo el verano, hijo de un ferroviario que levantaba del suelo con una mano un yunque de cien kilos, no había podido abrir una pequeña cápsula de champú, una puñetera burbuja rómbica de Sunsilk para dos lavados.

Era ya cuestión de honor público no recurrir a tijeras ni estiletes para obtener el amarillento contenido de aquella panzuda ampolla de detergente al huevo. Un canalla de rugby, de cien kilos secos, y otra colección de individuos más pesados que Jamie, o mucho más cejijuntos, apretaban, incluso con una mano sobre la otra, la maldita cápsula de regalo comercial contra la pared, ya no se trataba de abrirla sino de reventarla, nadie quería ya lavarse el pelo sino masacrarla, y el concurso languidecía y se empezaba a hablar de los aceros cuando Jamie llegó de la calle y se encontró con el cónclave en fase de arrugamiento, cundía la opinión de que la cápsula era absolutamente irrompible por el hombre, la mayoría estaban ya recostados contra la pared del baño en actitud de pesimismo descarado y colectivo, se le explicó el caso y se le entregó la ampolla, intentó romperla cerrando la mano derecha y no pudo, sin descanso se la pasó a la izquierda y sonó un ¡flop!, una nube de champú al huevo salpicó con una increible extensión paredes y concurrencia.

Había por allí, aunque no se le veía ni una media de dos días por semana, un tipo interesante, un aragonés, Emilio, con coronilla calva y muy viejo para todos pues debía tener entre treinta y cuarenta años, propietario de viveros forestales e instalador de los mayores y mejores jardines de terrazas y azoteas que por entonces se veían en todo Madrid. Tenía un cochazo, era muy generoso y cuando quiera invitaba a pinchos con cerveza o a café con copa, según el momento, a cuantos huéspedes de la pensión quisieran acompañarle en animada cuadrilla al bar de abajo, que había varios a elegir.

Emilio tenía empleadas habitualmente dos cuadrillas, como dos empresas separadas, con cincuenta o sesenta obreros cada una, siempre trabajaba por lo menos en dos tajos simultáneamente, y era una fuente preciosa de informaciones vivientes sobre los barrios extremos donde reclutaba sus peones, sobre éstos y sus familias.

En un sentido platónico, de pura teoría e ignorancia total, todos los huéspedes se sentían socialistas, en lo tocante al peonaje. Emilio era capaz de mantener argumentos de experiencia y esgrimir toda la resistencia de la realidad cotidiana frente a las ideas gratuitas, frente a la plebe de los sofistas sociales capitaneada por Morrestrosa, y sobre estas materias y desde posiciones tan diversas se mantenían disputas suaves y jugosas, sin mala uva, lo que casi sorprendía a Jamie, que se hubiera temido argumentos personales de mal gusto o enfrentamientos desagradables, realmente el clima de la pensión era cortés y culto en este sentido por encima de lo que suele verse, pensaba el navarro.

Emilio sostenía que no se podía hacer nada directamente, ni aunque se muriera Franco y vinieran los comunistas, para mejorar la suerte de aquella gente, si no se empezaba por mejorar su cultura y su estilo de vida, pues al menos los que estaban con él no tenían ningun problema económico acuciante.

A la mayoría de los suyos él les pagaba dos mil pesetas semanales (la media de los técnicos Jamie, una vez aprobados sería de ocho a doce mil pelas al mes de sueldo) los señores trabajadores se iban a la tienda y se compraban kilos de gambas, botellas de buen

vino y lo que sea, que se lo fundían en un par de sentadas colectivas, y luego terminaban la semana *al debo* en la tienda y con poco más que el pan y el vino de pasto. O aquella familia que fue a una tienda, pagó el primer plazo del mejor televisor que pillaron y cuando se lo llevaron a la chabola los pobres compradores se enteraron de que era imposible conectarlo en aquella vivienda por falta de enchufe e instalación eléctrica.

Querían un televisor antes que bombillas para verse las caras, decía Emilio, y aunque nadie convencía a nadie en las sobremesas de aquella pensión, la solidez aragonesa de Emilio resultaba aleccionadora para aquel tropel de jóvenes que ensayaban ya la táctica más corriente de la vida social, que consiste en atribuirse a sí mismos toda pureza de intención y generosidad humana, toda la sensatez del mundo aliada a la delicadeza de unas almas bellísimas, para meterse a dar consejos críticos y «ejemplo» a quien daba trabajo y se jugaba todo en la marcha de su negocio. Emilio había sido obrero antes que pequeño empresario, y los de la pensión, salvo error u omisión, nos preparábamos todos para vivir sin riesgos a lo largo de toda nuestras vidas.

* * * *

Casi todo el primer trimestre del sesenta y cuatro, mientras terminaban las clases en Alcalá y se dedicaban los meses de abril y mayo a prácticas en el Ministerio donde ya iba a recalar cada uno, Jamie residió en el primer portal de la calle Génova según se viene de Colón por la acera de los pares.

La anfitriona de aquella gigantesca casa encerada como de miel negra, era una señora de noventa y ocho años que había sido sombrerera de la reina de España.

La República, la guerra, el franquismo pertinaz, la edad y una jefa de casa gallega que se ocupaba de todo personalmente, habían minado decisivamente la antigua fortuna social y monetaria de aquella dama de la última corte.

Era una delicia conversar con ella, parecía tratar con el mismo énfasis y cercanía grandiosa a una hormiga que al marqués de las

Tres Américas, más que una sombrerera parecía una perfecta archiduquesa de su época llegada hasta estas orillas, aunque el placer de verla y oirle no era frecuente porque no todos los días salía de su habitación o estaba libre de alguna fatiga que le permitiera detenerse a charlar con el inquilinato.

Los deliciosos días del clima madrileño, la transición a la primavera, con mañanitas que llegaban embaladas en hielo picado del Guadarrama, calor casi veraniego a mediodía y frescura limpia al atardecer, lograrían que sólo los más desdichados espíritus no se reconciliaran con la existencia, con la naturaleza y hasta con el ayuntamiento y vecindario de la Villa de Madrid, concesionarios de ese don precioso de un cielo azul como una droga mística de cada persona, un sol tierno y el viento cuchillero y tonificante.

La gallega que regentaba aquella amplísima vivienda de gruesas tarimas y altos techos y los desayunos del personal, era madura, morena como aceite visto sin luz, más fuerte que el catcher medio de la época y con más pinta de criolla que de gallega, como les pasa a tantas gallegas cuando cruzan con media camisa hacia el baño media hora antes que nadie.

Era chillona y perezosa, temible como un monstruo de otra civilización pero tambien sabía portarse melosamente y estaba liada por entonces con el más birria y flaco de la pensión, un individuo claramente neurasténico pero simpático, que tenía que vibrar como un pez electrocutado contra las complejas entrañas de su follátil supermarmota.

A Jamie no le cuadraba del todo que un estudiante de clase acomodada y raza caucásica (si lo detuviera la policía norteamericana), ni en caso de incendio o por salvar de la destrucción una buena parte de la humanidad llegase a coitar con tan ancha y opaca criatura.

Un día que Jamie llegaba de la calle, al pasar delante de la habitación de la robusta administradora, estaba la puerta tan abierta que parecía faltar arrancada de cuajo, y vió a la gallega bajo la luz luciérnaga de una tulipa de cristal en grises; estaba más que medio desnuda lavándose la espalda con una toalla en una jofaina

antigua que desaguaba a una jarra, en un viejo mueble portátil, era una mezcla de Gauguin y Zuloaga, su espalda se dividía en dos con la superioridad racial de las islas y de la gente basta, sus muslos y nalgas captaban con éxito duradero la mirada, su pelo brillaba como charol mojado, largo y pecador, y al darse la vuelta para ver y ser vista por igual, los senos, muy grandes, no caían hasta lo rechazable, llamaban a la batalla, el felpudo de su pubis parecía un postizo de teatro, tan espeso y colosal.

–No, si el que se decide a pasar la primera impresión, ese cebollero olor que sale de su aposento, a lo mejor puede pasarse con ella un rato bestial... es una hurí telúrica o Neardental o qué se yo. Me quedé un rato mirándola, lo confieso, entre el éxtasis y el horror, entre lujuria y castración–, comentaba Jamie con el amigo pirenaico que le había recomendado para ser admitido, cosa nada fácil, en aquella curiosa mansión cuando hubo un hueco.

Allí vivía un grupo de hermanos extremeños, desde uno muy fuerte, el mayor, hasta otro normal y otro delgado, pero faltaba la perla de la familia, el famoso luchador y grueso gigante de quintal y medio apodado y conocido en toda España aquellos años como Hércules Cortés, desaparecido algunos años más tarde en un presunto accidente de tráfico en los EEUU, cuando, según la prensa, debía estar en España sin moverse, en libertad condicional, esperando un juicio bajo una imputación casi desconocida entonces, *contrabando de drogas*, que ni siquiera se llamaba todavía tráfico de drogas, y sonaba como sonaría hoy *altercado con marcianos* o *metempsícosis de fotocopias*.

Se relataba en aquella casa como el tal Hércules, cuando iba al colegio, recibió una paliza de puños de un compañero, y cuando acudió a su hermano mayor para obtener protección y represalias contra el agresor recibió otra paliza, fraterna pero paliza esta vez, para que se le quedara grabada la necesidad de defenderse en la vida por si mismo.

Así que el entonces nada prometedor coloso de la lucha empezó a hacer gimnasia y pesas y se quedó solo. Se forjó a su alrededor un grupo de matoncillos exhibicionistas que se ponían a

hacer la bandera o una plancha sobre codo en cualquier escalerilla de la piscina, y que cuando entraban en el baile de la universitaria los propios músicos recogían apresuradamente el instrumental y se lanzaban de cabeza por la ventana más próxima, prefiriendo una eventual fisura de tibia por saltar cuatro metros que un calvario público de chulerías y acogotamientos.

* * * *

Jamie, sin oposiciones que arrastrar, estaba ya reconciliado con Madrid. El Cuerpo General Técnico de Funcionarios en que estaba terminando de ingresar daba acceso a cualquier Ministerio no militar. La convocatoria de la oposición determinaba que quienes obtuvieran plaza en una docena de Ministerios que aparecían en lista tendrían que empezar por ir a trabajar a alguna provincia, por lo cual los primeros puestos de la oposición, con lógica absoluta, eligieron pertenecer de entrada a los tres ministerios, Comercio, Industria y Turismo, que no estaban cargados con la obligación de ir a provincias. Allí, desde luego, todo el mundo quería quedarse en Madrid sin más vueltas ni estancias por el territorio.

Jamie pidió y obtuvo Información y Turismo porque allí el trabajo tenía que referirse a tareas culturales, infinitamente más soportables que las funciones en cualquier otro destino, como el Libro, la Música, el Cine, el Teatro, y porque estaba haciendo planes de ampliar estudios en alguna de las escuelas especiales de esas materias.

Había oido hablar bien de cierta academia que preparaba Diplomacia, el nivel de idiomas requerido no respondía a ninguna leyenda y era perfectamente alcanzable, y la ventaja que pudiera tener sobre Jamie, en principio, quien dispusiera de idiomas en grado de nativo se podía compensar y superar con un coco brillante, una presentación mejor que la corriente y cierta naturaleza enciclopédica sin ser inoportuna, capaz de manejar elementos de energía callejera y agraria, apariencias teatrales y brillantez expresiva acorde a muy diversas circunstancias, de modo que cual-

quiera que conociera un poco el nivel de la Escuela Diplomática y los pergeños de Jamie apostaba porque podía ingresar a la primera y superar en los cursos a los habituales apellidos de la Escuela.

De todos modos le atraían mucho más las Escuelas de Periodismo, de TV, de Arte Dramático, o la de Radio. Tenía algunas condiciones para estas actividades y aunque las mejores oportunidades profesionales en estos campos tampoco caían de los árboles, lo cierto es que el ingreso en las escuelas no estaba congestionado, como se puso unos pocos años despues, y para Jamie se trataba de escudriñar un poco en el futuro pero adaptándose más a las posibilidades de desarrollar una actividad, que a sus ventoleras personales y espejismos vocacionales.

En el bosque de sus propias capacidades barrocas para unas cuantas cosas, estaba dispuesto a orientarse más por sensatez y hondura que por capricho. Temía al auto-engaño mucho más que a cualquier peligro de la vida.

Precisamente iban a nombrar Director General de TVE a Rafa Valdorba, compañero suyo de habitación en la universidad de verano de La Rábida, con el cual tenía ciertas afinidades deportivas y de carácter, aunque él era del Opus, y aunque no habían mantenido ninguna actividad de contacto o cultivo de cobas mutuas, felicitaciones respectivas y demás, lo cierto es que siempre tenían alguna noticia el uno del otro y Jamie estaba seguro de que Rafa, dadas las facilidades ambientales de aquella época, le haría un buen hueco en la casa televisional en cuanto le echase la vista encima.

Los meses de abril y mayo del sesenta y cuatro fueron particularmente dulces para Jamie, ya ni tenía que coger a las 8,30 el autobús de la Presidencia del Gobierno para Alcalá, el pequeño grupo de seleccionados para Información y Turismo quedaba en la cafetería del Ministerio a eso de las 9,30, y desde allí se distribuían por pasillos y despachos, estando ocupados apenas dos o tres horas, contemplando los apuros que pasaban distintos jefes para explicar un tanto doctrinalmente sus funciones cotidianas, y quedando libres hasta el día siguiente, o desde el mediodía del viernes hasta

el lunes, lo que sonaba a lujo y privilegio entonces en cualquier organización administrativa, aunque en cambio los horarios oficiales ni para los más parias fueran más allá que de 9 a 2.

Aproximadamente cada semana visitaban una Dirección General, es decir, un gran sector de competencias parecidas entre sí, dentro del Ministerio, el cual realmente se dividía en media docena de Direcciones Generales.

Llegaban a comienzos de cada semana, saludaban al Director y al Secretario generales, recibían enormes alijos de carteles, libros, folletos y demás muestras en technicolor de las realizaciones del momento o de las campañas inmediatas de la Dirección General de turno, y luego iban visitando uno por uno, procurando estirarlos para que duraran, los distintos despachos y unidades del organigrama de la Dirección.

Hubo una Dirección General, la de Cinematografía y Teatro en la cual, según les informaron al principio, salvo el director general, García Escudero y el Secretario Cobelas Schhwartz, no había ningun otro titulado superior. Era difícil imaginarse un corredor entero del Ministerio, repleto de despachos y antesalas sin un solo licenciado en las poltronas, y en efecto, frente a la información reinante, el grupo de prácticas descubrió la existencia de una anciana, antaño licenciada en Letras por Salamanca, que estaba al fondo de una sección, donde el pasillo terminaba en cristaleras para no caerse a la calle, dedicada a recortar con tijeras unos boletines para hacer otro boletín con los recortes.

Si hubiera existido allí un mínimo de lógica gerencial o decencia jurídico-política cada uno de los nuevos técnicos en prácticas hubiera podido escoger a capricho su propio puesto de trabajo entre los cientos o miles de vacantes reales, interinidades, contrataciones extraordinarias, enchufes inviables pero coleantes y demás situaciones irregulares que en cada piso del Ministerio formaban boscaje, reventando las normas vigentes tal como la jungla extremoasiática cuando invade las pagodas abandonadas y decora balaustradas, muros, escaleras y columnatas.

Por lo demás todos los directores generales hubieran preferido quedarse con la totalidad del pequeño grupo para cubrir huecos de solemnidad en su propia dirección, pues no les sobraban en absoluto las personas debidamente enteradas de algo. Pero faltando apenas diez días para el fin de las prácticas, en torno al 20 de mayo cayó la bomba: todos los nuevos técnicos del MIT iban tambien a provincias, y encima los destinos que se les ofrecían como secretarios provinciales eran absolutamente flojos: Cáceres, Pontevedra...

Jamie solicitó Murcia, que era la ciudad mayor de las disponibles y la única con universidad, pisándole la plaza a un buen amigo del grupo de nuevos funcionarios que precisamente era de aquella ciudad y tenía allí a sus padres y demás familia.

Jamie siguió por una vez los consejos de su madre en materia de recomendaciones y de cazar más moscas con miel que con hiel, y se presentó en el despacho del Director General de Promoción del Turismo, señor Arespacochaga, para decir, «muy buenas, soy fulano de tal, mis padres son amigos de su casa y vengo a decir que lo establecido en la convocatoria donde acabo de ganar plaza se ha ido al guano y nos mandan a todos a las Chafarinas. No le he molestado ni por el forro para sacar la plaza ni para afanarme un destino mejor que el que normativamente me correspondiera, no he pedido ayuda ni he dicho esta boca es mía, y ahora acudo a su influencia por pura necesidad de remedio, ¿puede hacerse algo para rectificar este salchucho del Ministerio?»

El director, que apenas encajaba en un moderno sillón inferior a su talla, fue grande y rapidísimo, descolgó el teléfono: «oye Pío, mira esto, esos chicos que los mandais a todos a provincias, ¿eh?, ¿que no hay nada que hacer?, así que viene de lo alto, pues nada hombre, yo me hubiera quedado con todos para aquí mismo, colaboradores directos, como tú digas, hasta luego, un abrazo», unas sonrisas muy corteses, recuerdos a las respectivas familias y con una brevedad desconocida en el mundo oficial, puerta.

Si un Director General no podía mover la piedra y el propio Subsecretario del Ministerio descartaba el más mínimo milagro

sobre el particular, había que recurrir a medios extraordinarios, obtenidos del propio cerebro de cada cual, medios que si no consiguen ser eficaces, al menos pueden adquirir un matiz de gesto histórico por si alguien, el día de mañana, viene con una linterna a revisar los actos más corrientes del poder, y corriendo además el riesgo de que el revisor histórico, si llega, se pronuncie a favor del poder administrativo constituido y opine que el pobrecillo que intentó remover su criterio es idiota.

En tal tesitura, que suele decirse, Jamie optó por no quedarse quieto, cualidad activa que a lo largo de su vida estaría a punto de llevarle a la horca varias veces, valiéndole finalmente su condición de persona inocente y razonable para trocar la soga por el confinamiento de su biografía en un pozo, a perpetuidad.

Ni corto ni perezoso, plenamente consciente de lo atípico y frágil de su comportamiento frente a las críticas de rigor, presentó en Personal una instancia de tres líneas que hubiera sido bastante más corriente en país libre –si bien en la Administración no existen países libres– diciendo, «me tengo que ir a Murcia pero en cuanto haya vacantes de mi nivel en la raya del Cantábrico, País Vasco, Pirineo, Aragón o Cataluña, considérenme solicitante de tales plazas, desde ahora mismo, por este escrito».

Aunque tal instancia podría entenderse comunmente como un baldón de entrada en la carrera administrativa de cualquiera, e incluso en las aviesas interpretaciones de la España de entonces y de siempre podría servir para deducir, alguna fobia de Jamie hacia las regiones de Centro y Sur, *sin el menor fundamento*, pues una cosa es que una zona te guste para divertirte y otra para trabajar o vivir largamente, lo cierto es que el papelajo tuvo la calidad milagrera de un exvoto: Por pura casualidad en la Delegación Provincial de Guipúzcoa se había montado una operación de fumigado de funcionarios diversos, con un montón de traslados y algun ascenso, y entre otras plazas y por motivos variopintos quedó vacante, por aquellos días, la Secretaría Provincial.

Jamie recibió el recado de esta situación al tropezar primaveralmente con un conocido del Servicio de Personal en torno a

unos berberechos y caña en la cafetería del ministerio, localizó al que acababan de nombrar Delegado Provincial en Guipuzcoa, cuya venia resultaba imprescindible para acercarse al cargo, por un azar tan curioso como que estuviera presente en unas jornadas Ibero-Filipino-Hispano-Americanas de Turismo celebradas en la casa central de los sindicatos verticales al comienzo del Prado, y a los dos segundos de saludarle Jamie le inspiró confianza y quedó facturado para Donostia.

El cinco de junio, viernes, Jamie se bajaba de La Roncalesa en la calle Manterola, entre nueve y diez de la mañana, y recorriendo la avenida de España, hoy de la Libertad, llegó al número dos, subió al tercer piso y se encontró en posesión del primer puesto oficial de su vida.

Mientras subía a pie se fijó que en uno de los pisos estaba la casa de modas de Balenciaga, no recordaba que su central estuviera en San Sebastián.

La puerta del tercero estaba sólo vuelta y dio unos pasos por la tarima anchísima y desigual del vestíbulo, con resabios de casa bien muy descuidada por los avatares de distintas propiedades, el tráfico de la calle no dejaba oir el río y el ruido del rompeolas era imposible por la distancia, pero la sensación de costa que tenía Jamie era tal que cualquier madera encerada y un poco cedida le sabía a barco.

Qué desea, soy Jamie Stones Navarro, el nuevo Secretario, pues yo Gerardo, el ordenanza de este negocio, voy corriendo a decírselo a todos los de ahí dentro, ya voy, ya. El hombre se metió por allá con emotivos ademanes de quien está viviendo una novedad de cierta alcurnia y Jamie fué avanzando entre las mesas, las más próximas estaban ocasionalmente vacías.

De una puerta de dos hojas, con arco de escayola y vanos de vidrio traslúcido a granitos surgió una figura más bien hirsuta, que levantando la cabeza para convocar una audiencia esperpéntica y primaria venía gritando artificialmente, «¡bajo la bota de los Stones, pero qué va a ser esto, toda mi vida bajo la bota de los Stones!.. »

La voz bajó al nivel normal, soy Cartenguy y tú eres, si me permites que te tutee –Jamie hizo un gesto de obvio y superfluo total el permiso–, muchas gracias, claro que sí tú tienes que ser sobrino del padre Atanasio Stones, que en Lecaroz nos dejaba sin postre y nos castigaba con estudio a todos los guipuzcoanos, cada vez que la Real le ganaba al Osasuna. El buen padre Atanasio me apareció despues, de capellán en la columna Sagardía, cuando la guerra. Así que ahora me aparece aquí un sobrino y ud. verá, ¿eh?, ah sí, bien, pues tú verás, el cual es nada menos que jefe de personal, Secretario Provincial y segundo jefe absoluto de esta dependencia, así que vamos a ver, qué va a ser esto, lo que digo... y Cartenguy se volvía explícitamente a todas partes, llamando la atención de los pocos que allí había, inmunizados de un modo amplísimo, probablemente, respecto al estilo escénico y regionalista del veterano funcionario, que en ese momento tenía un dedo levantadísimo por su propia retórica, para subrayar lo incontestable del destino que estaba describiendo.

Cartenguy era más bien alto a la sazón, pero en su generación habría resultado muchísimo más alto y coloso, con el pelo ya entrecano, muy espeso y a cepillo, con un enorme mostacho de carabinero alpino, más fuerte que cualquier cepillo para los zapatos, y desde la cintura como quien tiene un poco entumecida la espalda se le advertía una mansa cojera de viejo deportista. Y de algo más.

En realidad llevaba un zapato especial, de la guerra en Rusia le faltaban los tres dedos centrales del pie izquierdo y llevaba una fuerte lengüeta de acero acoplada en su lugar, como quien se pone un poco de algodón para un zapato demasiado largo. Terminada una guerra –civil– se apunto a la otra –mundial– con la División Azul y llegó a volar como observador sobre Leningrado, obteniendo por sus servicios la medalla de la Orden del Aguila Imperial Alemana (o algo así) que era la más importante despues de la Cruz de Hierro del III Reich.

El Delegado Provincial, Mauricio Tuñoz, nunca llegaba antes de las doce, y como los demás carecían de toda clase de instrucciones, le enseñaron en un instante el que iba a ser su despacho y se fué a dar una vuelta para volver hacia la una.

Cuando volvió, Mauricio acababa de situar en medio de su propio despacho de delegado un reclinatorio eclesial de barroco nogal tallado, cardenalicio por lo menos, a juego y tan auténtico como la mesa episcopal cargada de relieves, angelotes y molduras con trompetas y uvas, que en unión de dos butacones de damasco rojo y un armario sensacional componía el despacho.

Esos muebles procedían por línea directa de algun decomiso decimonónico, del obispado donostiarra, durante alguna fase de laicismo triunfante en el pasado político de la provincia, y allí, como único usuario del reclinatorio en muchos decenios, Jamie juró su cargo con una breve fórmula que le dieron impresa en un papelito, y el hermoso mueblecillo recuperó su puesto, «del salón en el ángulo oscuro».

Mauricio había sido Consejero de Embajada en tres paises fronterizos con España, del Pirineo al Rif, pero ninguna experiencia diplomática puede disculparle de aquel montaje megalómano de jura de cargo en el que todos estuvieron muy serios, pero conscientes de que era una pasada protocolaria sin precedentes en aquellos parajes administrativos. Salvo algun miembro del Cuerpo Técnico de Jamie que llegó a ministro, y probablemente no de rodillas sino de pie o a paso ligero, ningun otro funcionario de su categoría se vió sometido a semejante carnaval veneciano, afortunadamente brevísimo y enseguida convertido en una cordial reunión de gente con ganas de agradar y de caerse bien.

Mauricio era un murciano moreno brillante, casi bajo, corpulento, entre cuadrado y redondo, sin cuello, con cara total de bulldog Terry Cartoons, idéntico al típico catcher mejicano segunda serie, desde los 20 años, además de sus tres Consejerías ocupaba cargos de falange y de Franco, había dirigido periódicos, y ahora, con 45 años seguía escribiendo a máquina con dos dedos, no sin cierto rendimiento y todas las noches sin dejar una escribía informes que inmediatamente enviaba a Muñoz Grandes.

Ahora en verano Muñoz Grandes en persona estaba alojado en el Hotel Londres, a doscientos metros de la Delegación, y Mauricio sustituía la mayor parte de sus informes por una visita personal al

capo, a la caida de la tarde, en la que a veces tambien dejaba sobre con informe, y estaba charlando con él lo mismo diez minutos que dos horas, según se encontrara de cansado el viejo Capitán General.

Cuando la cosa era muy breve aún le daba tiempo a Mauricio de salir disparado y alcanzar a Jamie camino de su casa, y tras todas las horas del día le hacía picadillo el par de horas de antes de cenar, contándole cosas de la élite política del régimen, los grandes problemas del pasado, su propio relativismo ideológico de cuarentón y su particularísima desesperación por no encontrar ni confiar quizá en que existiera una chica educada y decente que le quisiera a él para casarse.

En realidad estaba aterrorizado de celos mentales previos a cualquier relación imaginaria, pues había comprobado con su propio Mercedes esas largas hileras de coches que jalonaban las salidas de Madrid al anochecer, donde tantas mozas estupendas se entregaban de regalo a la lujuria del avispado conductor.

III

El mobiliario del despacho de Jamie era entre Sacristía y Vicaría si el del delegado era de obispo realmente, y aunque pesaba la décima parte y se veía mucho aire entre las patas de la mesa, al revés del otro que parecía de peñas labradas, la verdad es que tenía el mismo sabor histórico y respondía a la misma castiza procedencia de expolio liberal.

La mesa era de nogal, alta y extensa aunque con un cajón sólo a cada lado. Sus largas patas estaban talladas a toscos bucles de vaga intencionalidad salomónica, y quedaban unidas suplementariamente por dos hierros de forja que descendían hasta enroscarse cerca del suelo, formando un conjunto excelente para pegarse sin querer tristes golpes en la rodilla pero, en compensación, daban gentil oportunidad a descansar pies y piernas en casi todas las actitudes propias de la esgrima y algunas de la escalada, de modo que cualquier titular del puesto, una vez adiestrado, llegaba a cogerle un buen cariño a la mesa del Vicariato.

Dos sillas inhóspitas, nogalinas no más, junto a la mesa y un tresillo terciopelo oscuro, color verde indefinible, espeso y deforme como un oso momificado en torno a una mesita redonda con cristal encima, para que las visitas jueguen a ajustarlo y lo dejen peor y encima se pillen la uña, eran las piezas visibles del inventario de la casa en el despacho de Jamie.

El suelo de formidables tablones apolillados estaba ondulado hasta el extremo que demuestra la superioridad de cualquier forma natural sobre las travesuras del diseño humano y en zonas fijas y ocasiones inseguras se quejaba de que le pisasen exhalando crujidos fuertes como detonaciones de fogueo. Algunas veces podía hacerlo el suelo por sí sólo, sin pisada ni causa conocida, y de preferencia en las horas de mayor silencio.

Los dos balcones del despacho de Jamie, que tan macizos parecían desde la calle, lo eran en tal grado que, despues de dar un rodeo al tresillo amorfo para salir, apenas cabían dos personas en cada uno, eran como las chocolateras de un carrusel de «las olas» excavada en yeso y roca, tan poco acogedores que la gente volvía al interior del despacho inmediatamente pese a la agradable vista de corner a la Avenida, al segundo puente del Urumea, al Teatro Victoria Eugenia, a Gros y a un poco de mar abierto invisible pero anejo.

Las puertas de un armario empotrado y algunas escayolas en el techo estaban pintados de una misma tonalidad crema, marfil enfermo, con un pasado más blanco seguramente.

Jamie había pasado la primera mañana, de 9 a 2 examinando carpetas atestadas de copias en papel cebolla, las cuales, entre el calco sobreutilizado y los viejos plomos de las máquinas que imprimieron el original ofrecían una escritura algodonosa y gruesa, con letras rellenas de oscuro y cercos absorbidos, casi ilegible, salvo por exclusión y por el oficio de sus términos.

Había una pequeña caja fuerte subempotrada en el muro dentro del armario y en ella una caja de puros donde venían a abastecerse de sellos de la Mutualidad de Funcionarios del Ministerio quienes atendían las distintas secciones, y los pegaban, casi volun-

tariamente, a toda clase de escritos o instancias que trajera la gente en mano, o de licencias para cualquier cosa, que se llevaran firmadas por el Delegado, o en caso de ausencia por Jamie.

El precio de estas pólizas constituía una contribución al raquítico porvenir económico que esperaba como jubilados a todos aquellos funcionarios, que, *ya en vida activa*, cobraban la mitad o la tercera parte que si estuvieran haciendo su trabajo en Madrid, en actividades idénticas e incluso mucho más cómodas.

Durante unas horas, quizá días, Jamie se sentía inferior a la comprensión de ciertos trámites, pero en cuanto aplicó su pequeña angustia inicial a examinar con paciencia y resignación todo lo que allí se hacía comprobó felizmente que no había problema alguno, que a lo sumo no había instrucciones suficientes para nadie, que quizá se hacían muchas cosas sin entender que se podían hacer con más soltura de cualquier otra manera y que todo consistía en adaptarse a la mentalidad lenta y pastosa, de muchas cabezas y de casi ningun cerebro que había ido fijando «jurídicamente» aquella especie de glaciar en deslizamiento que era la actividad administrativa, para lo cual había que evitar cualquier contagio de rapidez intelectual y aceptar el ritmo litúrgico de la noria de los asuntos vulgares.

Resultaba lúcidamente profético y descriptivo un funcionario del ministerio que durante las prácticas, pocas semanas atrás, les había arbitrado la frase «todo cuanto se hace en la Administración lo puede hacer un mono amaestrado, cualquier mono puede aprender todo lo que se hace en cualquier despacho» declaración inestimable para comprender casi toda la vida profesional de casi todo el mundo tanto en el sector público como en el privado, y clave auténtica de una civilización desarrollista y eficaz en un sólo sentido, el de la **acción mecánica**, que esteriliza la ingenuidad cotidiana y hace regresivas las esperanzas de que la vida en el mundo actual sea algo divertido a la par.

Jamie creía estar allí escarbando en un manantial ciego que pronto iba a adquirir mayor poderío social y hacerse de dominio público y resignación privada, a saber, la suplantación de un todo

vivo por sus elementos muertos, algo que suele pasar desapercibido a muchos de los ejecutantes portadores del virus, pero que conforme la sociedad crece en ese sentido único plantea por todas partes problemas de organización al **simple consumidor**, al pagano total que no haya dimitido de sí mismo, de su última brizna de esencia romántica, y no se haya vuelto todavía un puro mono a todo pelo.

Lo de los sellos limosneros de la Mutualidad exigía cierta cosa de sumar y restar cuidadosamente las clases y cantidades de estampillas vendidas y las existencias restantes, y *mandar a Madrid un estadillo* o impreso, con tan fausto balance mensual. Cada tres meses Madrid hacía una pequeña nómina que relacionaba por orden de categoría todos los funcionarios de la Delegación, y se les pagaba un premio o porcentaje de lo vendido.

Jamie observó, de entrada, una irregularidad de bulto en todo aquello. El procedimiento establecido consistía en dedicar dos tercios de lo cobrado por las pólizas al fondo de jubilaciones. Al tercio restante que se repartía como premio por ventas a todos los funcionarios, se le descontaba un 12% en concepto de IRTP, Impuesto sobre los Rendimientos del Trabajo Personal, y la cantidad restante se dividía en dos partes iguales, una para gastos de material de oficina y la otra para ese reparto a los funcionarios de cada oficina donde se vendían pólizas.

Está claro, si alguien tiene paciencia para releerlo, que se estaba aplicando un descuento en concepto de aquel *impuesto embrionario sobre la renta de las personas físicas ensayado para el día de mañana por el franquismo* a la sazón, a unos gastos de material, es decir habían metido el clavo antes de que llegara la tabla.

Jamie, que entonces ni se figuraba que unas cuentas tan mal hechas podían envolver el carácter ficticio y fraudulento de toda la cuenta, ya que la pérdida de fe en la Administración para las materias numéricas llegaría a ser popularmente real tres décadas despues (FILESA ta abar), planteó *a la superioridad* semejante absurdo: gravar con un impuesto de carácter personal una cantidad cuya mitad se va a destinar a material (absolutamente imper-

sonal) y Madrid, pronto y bien, sin enfadarse lo más mínimo por revelarle semejante torpeza añeja, aceptó briosamente la sugerencia y envió una circular a las cincuenta provincias para que en lo sucesivo las nóminas y repartos de lo liquidado por las dichosas pólizas mutuales se hiciera con la rectificación propuesta por Jamie, aunque naturalmente sin citar a Jamie, o sea, aplicando el impuesto de gastos de personal a lo que verdaderamente iba destinado a personal.

Esto le sirvió a Jamie para ponerse en contacto con sus colegas en otras provincias y pudo comprobar que alguno de ellos, como el de Ibiza, sólo hacían vida representativa, recoger personas en el aeropuerto y no habían visto un papel administrativo, y otros, en la España profunda, que quizá tenían que pasar por una tienda de zapatos para llegar a la escalera de acceso a su desconocida Delegación Provincial del MIT, lo habían visto y se habían abstenido de decir nada, ni diplomáticamente ni en verso, por temor a molestar y ver prolongarse su período de destino en una capital de provincia demasiado pequeña.

En otros pisos del armario cremoso estaban los carpetones de la Junta Provincial de Información, Turismo y Educación Popular, recios archivadores cuidadosamente mantenidos aparte de otras cosas de la oficina, porque dicha Junta era un Organismo Autónomo, con cuentas y talonarios independientes en el Banco de España, mediante las cuales se atendía la organización propia de espectáculos importantes como los Festivales de España en la Provincia, cada verano, o se daban subvenciones relativamente fuertes a ciertos montajes ajenos al ministerio, de modo que aquellas cuentas tenían poco movimiento pero por cantidades un tanto importantes y en temporadas reducidas.

La rendición de todas aquellas cuentas cada año directamente al Tribunal de Cuentas del Reino en la calle Fuencarral de Madrid era una de las más ungidas y personales atribuciones de Jamie en aquella casa, en cuanto a trabajo interno.

Uno de los primeros recibos cuya copia le pareció interesante y el que primero se le vino al rostro en una cuenta de cuatro años

antes, fue el pago de doscientas cincuenta mil pesetas a Ludmilla Tcherina, como forma habitual de anticipar el pago del cincuenta por ciento del contrato correspondiente a su actuación en Julio siguiente, pago adelantado que sólo se observaba en el caso de nombres artísticos tan universales como el de ella.

La primera mañana de trabajo fue bastante afortunada en opinión del propio Jamie porque el delegado estuvo de viaje y se apuntaban meramente las tentativas de visita y llamadas telefónicas para el jerarca, él se informaba y curioseaba superficialmente sobre asuntos y personas que dejaban su nombre para otro día, podía hacer sus propias conjeturas provisionalmente sobre todo sin dar cuenta de nada a nadie y sólo tuvo que intervenir directamente en una ocasión, aunque de mucho postín administrativo.

La mayor parte de los funcionarios ya le habían visto y saludado, y despues de cinco segundos ya no sabían qué decir ni qué más saludar así que proseguían todos sus tareas por la oficina general y sólo acudían por estricta necesidad a requerir una firma o un consejo legal, gramatical o dar cuenta urgente de algo, por si acaso.

A juego con el tono declaradamente *belle èpoque* de todo el edificio, la puerta del despacho de Jamie estaba coronada por un arco de medio punto provisto de un ventano semicircular, independiente, con gruesos radios de madera, el pestillo de la puerta era de porcelana, había un faldón de madera sólo de rodilla para abajo y el resto un cristal traslúcido desmigado, fino como arrocillo, que permitía ver desde diez metros antes si alguien venía al despacho, distancia que concedía una notable holgura psicológica al ocupante frente al invasor.

El mayor montón de horas de esa primera mañana lo consumió Jamie sin sufrimiento, absorto en los grandes carpetones de su armario.

Sin embargo a eso de las doce hubo una llamada nada menos que del ministro, por un teléfono de pura baquelita negra sin rueda para marcar, un larga distancia que parecía de teatro barato o defectuoso, pero perfectamente eficaz para comunicar el despacho del delegado con Fraga y viceversa, mediante operadora.

Fraga venía con el encargo de buscar al ingeniero jefe de toda la tecnología de Radio Nacional, veraneante en San Sebastián, para que cogiera su coche y acudiera a las cercanías de un abrupto monte donde una parábola de la tele no andaba bien, y antes mismo de arreglarla, que informase al ministro si era **avería natural** o era otra cosa más enérgica.

Jamie saludó inicialmente y despidió la conversación con el convencional «a sus órdenes señor ministro» como quien se acaba de aprender una frase en chino, sin pensar en absoluto en cuántos compañeros suyos quisieran protagonizar aquel extravagante encargo que a él le interesaba como mero espectador de primera fila y le caía gordo como participante.

Cuando habló con el ingeniero se quedó un tanto admirado de la soltura con que éste precisó «sí hombre, mi coche voy a coger yo porque lo diga Fraga, en Jeep o en taxi, no se preocupe, yo me encargo de todo, yo despacharé todo con el ministro que ya me he visto en miles de éstas con él, somos casi amigos, no, (se rió) tampoco piense mal ud., pero soy de los poquitos que no le tienen terror (ahora lanzó una carcajada jovial de hombre mayor) depende de mí para estas cosas, hasta luego».

Daba gloria en aquella costa la facilidad con que se deshacían los nublados político-administrativos inicialmente más acongojantes, y para los expertos en aquellas materias no había problema espinoso ni confuso, caminaban a grandes zancadas por las crestas más frágiles y brumosas gastando menos tensión que para dar los buenos días a su portera.

A las dos y cuarto de la tarde la Avenida ya no daba apenas ruido de coches ni rumor de personas. Impertérrita y sonriente, sin haber llamado antes, sino despues de asomar la cabeza, apareció Choni en el umbral. Bajaba el cuello con aire de complicidad feliz, como una recien llegada al hotel que cruza el pasillo para ver qué habitación les ha tocado en suerte a otras compañeras de viaje de estudios.

¡Hola! –dijo con voz de miel en bruto, quizá de niña que imita el tono áspero y delicioso de las comadres en sus corrillos

de lujurioso cotilleo–, ¿te importa que pase? Hemos tenido un cumpleaños de una amiga en Vivienda, que yo antes trabajaba allí, hasta hace dos meses, y me he puesto morada de pinchos así que hoy no como. Ni voy a casa ya. Me estaba leyendo un libro hasta las cuatro que tengo peluquería. Llevo unos pelos horribles, ¿no ves?

Su pelo era finísimo, era una onda de reflejos caobeños más que un objeto fijo y para decir que lo llevaba «horrible» –había avanzado ya dos pasos dentro del despacho– se levantó unas hebras lateralmente como si fuera a anudarse el cabello sobre el cráneo y giraba un sexto de circunferencia a cada lado con perversidad sofisticada de modelo parisién, que entonces no había otras, a fin de exhibirse entera y faldicorta con los sobacos al aire y los brazos desnudos bailando por el pelo.

Era una chica de canela entera, por lo físico y lo temperamental, desprendía una sexualidad especial, de emperatriz cachonda con los esclavos, invitadora y fácil de compartir a cualquier temperatura, y reforzaba los encantos de su cuerpo con una ingenuidad ambiciosa y popular que era todo un método de combate, o una danza que le permitía sentirse más ella misma cuanto más artificial, y gesticular y comportarse como el centro de una reunión, existente o no.

Aquella mujer tenía dos extremos del encanto, el nudismo escénico de quien sabe ir en los hombros de un corro de bailarines y la criatura doméstica abrigada con una vieja toquilla que da caña en un corro de compradoras de hortalizas.

Sus piernas y su cintura, torneadas por naturaleza, superaban las posibilidades eróticas que pueden proporcionar conservatorios y gimnasios y su rostro era de favorita de sultán.

Como si la vista fuese un contacto carnal directo exhibía de mil maneras su categoría de persona apta para las máximas realizaciones eyaculatorias, hembra propicia como pocas, y a primera vista, a los grandes encoñamientos, e impropiamente destinada por la vida a un porvenir monógamo, o a una poliandria meramente sucesiva.

Ante ese tipo de chicas la organización de la vida se comprende cada vez menos, sólo de verlas uno gira la vista en torno a ver si les sigue un tropel de individuos empeñados en sacarlas a bailar para no soltarlas hasta que se termine la danza nunca jamás.

Su secreto, probablemente, consistía en que actuaba con la espontaneidad, facilidades y narcisismo de quien te conoce y tiene confianza contigo desde hace tiempo, aunque realmente estaba hablando con Jamie por primera vez.

Choni llevaba para la ocasión un vestido playero, apenas una campánula con tirantes, rosa descolorido hacia quisquilla, tan exiguo que parecía proceder de una época anterior a que Choni terminase de crecer.

Consistía en una estrecha tira de tela que daba vuelta al cuello y de la que pendían dos bandas para evitar el *top less* y ya sólo caía la corola de la minifalda, sin mangas ni hombros ni espaldas de ninguna clase. Concluía el atavío decímetro y medio por encima de la rodilla en posición de reposo. Para encubrir hipócritamente la jubilosa falta de tela en todos los frentes y costados el vestido incorporaba un remedo de tirantes que más que sostener nada colgaban de la argollita cervical, cruzándose desde allí a los riñones.

Calzaba unos zapatos blancos muy abiertos, de medio tacón, con lo que rebasaba la estatura media del varón español de la época (1, 64 mts.según el INE y las tallas de la mili) por seis o siete centímetros.

Su aspecto de vampiresa, maciza de canela y melocotón, su resplandor de chiquilla aventajada y poderosa en todo lo excitante, *venía suavizado y agravado* por los omoplatos, débiles y algo caidos, los brazos delgados, la barbilla recogida, la nariz chatilla absoluta, modernísima, y las cuencas de los ojos encelados, bajo su ola de encanto, su bronceado y su camaradería provocante Choni reflejaba una fragilidad de infancia baja en calcio, transformada, luego, por reacción biológica, en una particular cualidad para hacerse derretir eróticamente al mundo en torno.

La comandara Goldfinger o fuera una perla loca por libre, Jamie sintió en el acto el riesgo de la situación y lo resolvió provisionalmente con un cálculo moral perfecto que coordinaba su propia voluntad de atenerse a normas básicas de ingenuidad pastoril y callejera y sus deberes especiales como funcionario: podía venir de Dios, del diablo, ser una marciana o una muñeca inflable perfeccionadísima por los rusos siguiendo patrones nórdico-caribeños. Él no tenía por qué huir antes de que hubiera un ataque total, y no pensaba privarse de su carne barnizada y su luz cierva mientras no hubiera una situación mucho más clara, le bastaba con observar las normas de discreción, lealtad y recato propios del cargo, un cierto pudor en la forma de aceptar o resistir a la manceba, que sin duda alguna, estaba plenamente investida de esa pinta física excitante a cuyas portadoras todo el mundo está obsequiando con un par de coitos mentales contra la pared mientras se les ofrece cortesmente una silla, varias sillas, para sentarse con las demás visitas.

Jamie era tan imperito o le tentaba serlo, que pensaba en ese momento que la liberal iniciativa tomada por ella anulaba por completo la posibilidad de ningun problema de fondo o le quitaba todos los visos de verosimilitud a un chantaje futuro, y además, ¿quién era Jamie para que nadie quisiera hacerle chantaje por nada? Un chantaje se le puede hacer a Von Braun o a Enrico Fermi, no al mozo de la droguería de la esquina, y Jamie se consideraba socialmente parte de la droguería y no de la NASA.

Cada tres o cinco meses aparecían en el BOE excelentes concursos por los que tanto ella como él podían cambiar de ministerio y de ciudad con sólo pedirlo. Choni, cálida y dulce, rondaba los veinte años y Jamie los veinticuatro, ella era un ligue playero y fantástico total, de anuncio turístico en la Casbáh, o quizá más sana y jovial, la moza que te arrastra del cuello para que te tumbes con ella entre las espigas.

Por lo que respecta al castigo de tanta magia, Jamie pensaba con toda su estirpe Stones a cuestas, que aquello era una cuestión de honor mientras no saliera del plano privado, y en el plano de la dignidad pública no veía diferencia alguna entre ella y él a efectos de un escándalo.

No obstante ensayó la huída sin convicción.

–Bueno, yo ya me iba justamente ahora, ¿ves? –abrió y cerró la carpeta que estaba hojeando cuando se produjo la aparición de Choni– voy a comer por ahí, rápido, y me iré a la pensión a echarme un rato.

Ahí va, pero te echas siesta, tú, tan deportista que me han dicho que eres... ya habrás estado ayer de farra con algun montón de navarros por la parte vieja, porque allí, ¡ay! amatxo, bebeis como fieras.

Jamie balbució algunas excusas intentando desbrozar de tópicos y simpleza los inexactos decires de ella. Nunca se echaba siesta, pero hoy había madrugado algo para coger La Roncalesa de las siete, él no acostumbraba *ir de bares* jamás, pero había estado hablando con sus hermanos hasta las dos y media de la madrugada, y además comprobaba inequívocamente siempre que venía de Pamplona, que San Sebastián le daba un sueño mortal, por lo que fuere, por el mar, la falta de altura, o la gaita que fuese.

Ella entretanto, ella seguía industriosa y deslumbrante progresando hacia el interior de la estancia mientras criticaba al anterior ocupante del despacho y se agachaba a reordenar tres o cuatro macetas alineadas contra el zócalo junto a los balcones.

En lugar de darles la vuelta con sencillez desplazaba las pesadas butacas que le estorbaban de un grácil empentón y sacaba las plantas al aire de la calle, les echaba agua de una garrafa oculta en los balcones, quitó unas telarañas largas e inapreciables de una moldura del techo en el ángulo menos visible, apretó desde una silla una bombilla que guiñaba por estar floja, «pues el viernes cuando tomé posesión esa bombilla no hacía nada», dijo Jamie estólidamente, «es que tabien depende de la tensión, unos días se nota más... o no te habrás fijado antes, como no estuviste toda la mañana como hoy».

Toda esta actividad permitía a Choni exhibirse hacendosamente en toda clase de posturas incendiarias, como para infartar al más amorfo de los sementales, de no importa qué especie animal o espiritual.

Ella estaba haciendo dos papeles simultáneamente, el de equipo de madres que tiene un hijo inútil y lo protege con profesionalidad pretoriana, contra el abandono, los insectos y la desertización, y otro, *larvado y descarado*, de seductora, de cantinera madelónica y guipuzcoana, que con su conversación y su exhibicionismo se la mantiene al temple y en forma a todo el regimiento.

Cuando se agachaba hacia las macetas del suelo no flexionaba las corvas a fin de que sentado en su sillón él pudiera comprobar la cortedad del lienzo, la tersura posterior de los muslos y el color salmón de la prenda deliciosa (máximo fetiche en esta parte del mundo, sabido es que Freud define al fetiche como *algo que se interpone para evitar la visión de la castración*), y contemplarlo todo repetidas veces y con delectación de foto fija.

Ella se daba vuelos para moverse, sonreía por todo como la veterana querida de un guerrero que ya tiene permiso de mamá o del comité para distraerse, o quizá, desvariaba Jamie, imaginativamente, como una mujer que arregla el piso al llegar con su marido de una luna de miel.

Para quitar la telaraña «a ver si me escoño, ¿ya me llevarías en brazos al hospital, o en Navarra como sois tan serios las dejais morir sobre la tarima?», «pues no sé, allí a las faltonas las mandamos en ambulancia y sin acompañante para que no puedan coquetear ni con su tía, a falta de pulimento, sufrimiento, mademoiselle», ella se quitó los zapatos con gesto de salpicadura y ascendió por el anchísimo respaldo del butacón menos usado.

La absoluta imbecilidad Cary-Grantiana de las comedias Hollywood obstruye las reacciones vivas y naturales de los pueblos del mundo, pretende reducir el vértigo, la fronda de pasión y riesgodea la más mínima aventura humana cambiando la vida por un juego de muñecos imbéciles y diseñados, y quizá no consiga más efecto legítimo que servir de ejemplo negativo, resumir en una sola pauta muchísimas de las imbecilidades que han de evitarse en cualesquiera circunstancias. Es aleccionador a su pesar, y Jamie siempre fue un gran usuario del método de la imagen, planteándose el parecido entre una escena de la vida real y otras ridícula-

mente conocidas desde el mundo de la idiotez del cine, para evitar bajezas y obrar con madurez instintiva.

En el polo opuesto del Cary-Grantismo el cine español de aquella época era una auténtica vacuna social contra la sexualidad, sólo por evitar las sandeces que se cometían en las películas hispanas de entonces te podías ir monje o mantener dominados con facilidad tus más bajos instintos mejor que un lama.

Recurriendo por igual a entrambas vacunas del cine, la californiana y la carpetovetónica Jamie se mantenía en su interior muy escéptico, pese a tanto reclamo erótico, respecto a toda aquella actuación, cual rico viajero asaltado de un vendedor callejero que se cree triunfador sin comprender que sus despliegues aún no han logrado ningun avance efectivo.

En tales momentos Jamie afrontaba estóicamente las contorsiones internas que le provocaba tan simpática mercancía, pero no cedía de sí mismo ni un ápice mientras no lo viera todo mucho más claro.

Había entre él y Choni un entendimiento rápido en un sector frívolo, pero no en el resto de los asuntos de la persona, si la cosa iba a fondo le parecía extremamente atropellada, algo digno de unos estudiantes en un curso de verano por Europa o donde sea, pero no tanto en unos puestos fijos de trabajo para el gobierno.

Desde un punto de vista perdidamente romántico eran un par de compatriotas de sexo opuesto que se encuentran en un desierto en el fin del mundo, y él sentía la tentación de abandonar a cambio de compañía las suspicacias del solitario que pisa terreno desconocido, las defensas del niño de familia que ha oido historias de conjuras morganáticas de secretarias, camareras y chicas del servicio doméstico que echaban a perder el porvenir de desdichados jóvenes, valientes pero inexpertos, de clase media

De hecho, además, Jamie llevaba en el alma su propia Arca de la Alianza, rota y devastada. Él era uno de los desheredados vástagos de una familia arruinada en las guerras de la Santa Tradición, en el siglo XIX, aquella familia había poseido uno de los mayores

patrimonios del Antiguo Reino y ahora, como resultado de apostarlo todo por el Altar y el Trono cada cual trabajaba proletariamente en pequeñas cosas como todo el mundo.

Sus antepasados lo dieron todo por nada, y a los actuales miembros del clan, aparte de la fidelidad a lo Sagrado, lo Indefenso y lo Desnudo casi no recordaban siquiera cómo la sociedad y los cortijos del Vicerreino pasaron a enriquecer las manos logreras del liberalismo de los negocios, los desamortizadores de las estructuras económicas del pasado reciente que por cuatro perras adquirieron la nueva fama y poderío del gran burgués, los que supieron esperar mirando cómo luchaban los demás y atizando el fuego en lo posible para quedarse muy pronto con la fortuna de los vencidos.

Todavía el padre de Jamie pasó su infancia en palacios y Jamie, tambien de niño, asistió y conoció los repartos y liquidaciones de las últimas fincas tardo-familiares, venta final de desolados, huertos y casas de pueblo, la llegada en camión de los muebles salvados de la ruina de la última casa palacio, en Sada, para ser alojados provisonalmante en los bajos de otros palacios capitalinos, cerrados para siempre y en vías de desguace inmobiliario, como el antiguo arzobispal de Pamplona en la calle Ansoleaga.

Jamie se sabía marcado de un modo indefinible pero que traspasaba su persona de parte a parte, lo moral y lo puramente fisico, por la huella de esas derrotas, por la pérdida de las desgarradas e inconfiscables médulas de la última caballería romántica, Jamie se sabía marcado de raíz, de un modo genético y fatal para un montón de cosas comunes de la vida por esa explosión hacia menguante de todo lo único de la estirpe, aunque en casa nadie dijera apenas ni palabra del pasado jamás.

Él podía convivir con todo el mundo usando su enorme experiencia de gentes y personas filtrada por su espíritu de observación y asimilación, pero *además* mantenía una cripta marsupial, un regazo interno especial para once siglos de familia en el mismo solar.

A veces, pensando en ello, le parecía que otras personas de otras ramas de su familia incluso sin saberlo ni sentirlo, vivían su

vida discreta en la corriente sociedad moderna como si fueran emigrados de las matanzas del zar **impropiamente supervivientes**, convencidos los ingenuos de trabajar y ser en todo como los demás, pero sufriendo a la menor oportunidad los embates oceánicos de su pasado egregio, que a veces nadie les perdonaba, *ni siquiera quienes lo ignoraban por completo*.

Debía ser comun a la generación anterior a Jamie, a mitad del siglo XX, mantener a sus miembros más jóvenes sin ninguna referencia ni noticia de imperios perdidos, de exilios bélicos, de guerras ni conspiraciones, de contribuciones al origen del reino, a empresas españolas, a fidelidades austríacas y a heroísmos estériles, y si alguien sabía algo era porque tenía amigos historiadores o trataba a algun palaciego actual muy erudito, y en la familia extensa, mayoritariamente sumida en la mediocridad y en la indiferencia defensiva, nadie dudaba de que las cuestiones románticas habían sido barridas de la vida pública y sólo se utilizaban ya para ajustar pequeñas piezas de la Historia como aparato publicitario, y tenían por totalmente sepultada la memoria de la ruina y los expolios de cada derrota.

Huyendo de los valores místicos y de los caballos muertos (que ya no llevan Cid ni vivo ni muerto) Jamie frecuentaba utópicas aspiraciones literarias impolutas de toda creación, por el momento, ciertamente, y de allí extraía impulsos hacia el vagabundeo urbano, los deportes violentos, los intentos de embrutecerse o al menos reforzar su natural estoicismo ante las crispaciones de la vida sensible, y cultivaba las amistades que le parecían acordes con su religión bohemia y marginal.

La tendencia más instintiva en toda esta forma de ser y sentir por parte de Jamie era la huida del tópico, la refundación original y cósmica de cada uno de sus instantes, la sensación de libertad y salvajismo bajo los estrechos cánones requeridos, bien embalado bajo el perfecto caparazón westpointiano que exigen la vida profesional y otras convenciones sociales.

Jamie tenía una relación muy particular con la vulgaridad, huía de la más espesa pero se disfrazaba si hiciera falta, con la más

ligera, a modo de parche para protegerse en una situación, tal como un elefante blanco se baña en el barro para obtener una protección por horas contra los insectos, más molestos que la limpieza.

No estaba dispuesto a consentir que su vida fuera un conjunto de naderías, aceptaba chantajes pequeños y continuos a cambio de sentirse interiormente libre y enemigo de la existencia concebida como chantaje total, su fórmula fundamental de la vida era de ese modo absolutamente inversa a la del prójimo, y en esos se reconocía antagónico y huido de la mayoría que pelea por las tonterías y se deja escamotear todo lo esencialmente personal..

Sabía, no obstante, que mucha gente adivinaba y no perdonaba en él, bajo la capa de barro, ese elefante blanco, y le hubiera reventado doblemente, como cuando ves que te engañan específicamente y encima no puedes hacer nada para cortarlo, caer en una trampa diseñada para elefantes claros.

A la vez que le cogía las manos dijo, «Choni, estás como cincuenta mil trenes» y ella le echó los brazos al cuello y dinamizó su cuerpo sobre el de Jamie y se besaron, respiraban como una pareja de novios en la cama aunque seguían de pie, «¿quieres que lo hagamos ahora mismo?, pues claro so idiota, ¿a qué te crees que he venido?, te he visto pasar esta mañana y tú ni te has vuelto a verme, ni de cría me ha pasado algo igual, vengo a por ti, un flechazo acojonante, tío».

«No te pares ni a desnudarte», dijo él, aunque bastaba con soltar dos botones en cada lado de la cintura para que el retal cayera al suelo, ella entendió perfectamente que a él le apetecía tomarla primero como estaba, típico de chicos de familia, la reclinó contra el recio sofá de terciopelo oscuridad, sus manos buscaron los mejores cobijos, acariciaron las complacencias de ella y descifraron las molduras de última entrega que se liberaban como ungüento para él.

Allí no había nada preparado ni de propósito, nada morboso ni rebajante, los ojos de Choni brillaban como almíbar que llueve de un gran cucharón, latía casi infantil en plena simpatía, tenía

una sonrisa-carcajada de excitación sin impudor, de nativa de islas sin pecado, una mujer que llevara años unida a Jamie en lugar de haberle acariciado el pelo y la nuca dos minutos antes.

«Espera, es tan fácil de quitar», –nunca hubiera puesto en duda él que aquella bata no se quitara más simplemente que una corbata, pero la cabezona imponía su criterio de empezar sin nada, le privaba de un punto de capricho por no arrugar aquel diminuto atavío–, susurros activados por la prisa carnal y las garantías triunfales del placer se mezclaban con el ruido de la cremallera de Jamie, el ruido de las monedas y las llaves al descender sus pantalones contra el suelo, medio arrodillado el galán para el mejor remate de la operación y el desbroce del aire al sacarse ella por la cabeza la campanita de tejido exiguo.

Todas las fuerzas que puede exprimirse a reventar, desde el onanismo Hollywood hasta el macerantismo dictatorial de XXV años de Paz y Pololos que se cumplían entonces sobre la España Oficial, iban a reventar sobre aquel sofá en el acto de amor de aquellos jóvenes felinos, cuando el crujido lánguido y canalla de la puerta del piso y unos pasos grandes y lentos como un truco teatral guillotinaron la escena desde el fondo de las oficinas generales.

«Mierda maldita, es Cartenguy, como es solterón no sabe estar más que en la oficina, dentro de un rato tú sal como si nada, luego, o si se acerca, hablas un poco y yo vuelo por el corredor de atrás, la puerta pequeña no hace ruido», dijo Choni, cómplice y sin perder el equilibrio de la situación.

Estaban molestos y algo compungidos por el rayo del destino contra la espontaneidad feliz. Cualquier cosa que pudiera suceder entre ellos, más adelante, nunca sería lo mismo.

IV

Es infinito el número de los que abrasan las mejores energías de su vida sirviendo honradamente a las instituciones en lugar de hacer algo de provecho por su cuenta, y no parece justo conside-

rarlos unos primos a todos ya que algunos pueden tener razones especiales. Además no es justo condenar a nadie sin oirle primero.

Jamie fue un caso más.

Su sensibilidad de tizón encendido, que ponía transparencia en el estrecho horno de las normas establecidas, su carácter objetivo y cumplidor al extremo para las cosas ajenas, y para todas las grandes cosas, le hacían mártir de una fiebre interior que le impulsaba a menudo en direcciones inútiles y despectivas para con su propio porvenir, muy humanas, pero oficialmente inválidas para construir nada sólido, como quien da todo su pan a perro ajeno, que pierde pan y pierde perro.

Nunca supo –o quiso– Jamie, considerar la vida, ni la gente a su alrededor, como las ubres de una vaca holandesa plenamente ordeñable, y así todo lo más que puede suceder es que te ofrezcan unas clases en una universidad, pero nunca se fía nadie de ti como para darte un gobierno civil o cualquier otro puesto de archipámpano atornillado. *Ellos* saber perfectamente quien no quiere ni en sueños ese tipo de ofertas.

Él caía muy bien a mucha gente y, en particular, caía mejor a los de rango intelectual o económico más alto, a los más maduros de cada grupo y a los más rebeldes tambien, pero jamás llegó al punto, que tantas veces tuvo a su alcance y que otros hubieran aprovechado sin vacilación ni demora, de ponerse a la rueda de algun poderoso y entrar a medrar de verdad en cualquier paraíso del vicio y la bajeza como la política, la cultura influyente o la dolce vita en general.

Una esquizotímica dignidad parecía corroerle la alegría y demás ideas inteligentes cuando tenía que darle el último empujoncito, hacer la única crucecita que la sociedad le exigía que estampara al final de un documento, su alto concepto de la humanidad y de la vida de cada cual, al margen de las apariencias frívolas con las que el poder quiere bautizarlo todo, ese rastro de caballerosidad arcaica que concede importancia a todo lo que no es práctico ni rentable, le impedían a pulso, aceptar la mujer de otro, el dinero de otro o la podredumbre de otro, de modo que este per-

sonaje, donde quiera que se encuentre, antes, ahora o despues, seguirá siendo incorruptible, o su corrupción será tardía e irrelevante, como la del neófito perpetuo, el cual, aunque se revuelque en el fango titánicamente, no impresiona a nadie, ni podría demostrar su revolcón porque el olor del fango ni siquiera se le adhiere.

Alguna vez, en momentos de euforia peripatética, con algún grupo de monstruos de la gastronomía regional, a las dos de la mañana, entrando o saliendo del Club Náutico de echar una copa, envueltos en el aire de seda fresca de la terraza nocturna, frente a la Bahía, joya negra, muestrario de todas las perspectivas posibles de una distribución inagotable de luces en planos de oscuridad, se le oyó recitar la fábula –encantadora pero irrecordable para los demás– del armiño que, con tal de no mancharse y desoyendo los venenosos consejos de alguna torpe rata perecía en alguna catástrofe.

Alguien, procedente de colegios de corte muy parecido entre sí, aportó la fábula de la cigarra y la hormiga, que tambien Jamie recordaba perfectamente de su vida escolar, aunque maldito lo que tuviera que ver con el caso del armiño. Pero volvió a pensar en ella.

Jamie siempre tiene en su corazón otras cosas bastante más profundas que la simple apariencia de realidad, no concede valor, apenas, a los intercambios que se brindan unos a otros, los seres incapaces de crítica y sin acceso a un sistema propio.

Ahora, emigrante en Donostia, Jamie tiene la sombría inquietud de estar fracasando miserablemente por haber aceptado el papel de la hormiga, bajo la disculpa de llegar al otro lado del invierno.

Para empezar, como si nos asustáramos de la vida nos asustamos exclusivamente del tiempo que está bajo todas las máscaras vitales, el TIEMPO, con lo cual resulta irrelevante nuestra enorme pasión por organizarnos terribles pitotes de conciencia a cuenta de la triste diferencia que pueda existir entre pasar un invierno, unos cuantos inviernos o ningun invierno.

Probablemente, pensaba Jamie, la cosa no es llegar al invierno sino cómo pases el verano, no es lo mismo tocar una bandurria que un buen clavicímbalo, tocar bien la guitarra o fingir que tocas en una guitarra de cartón.

Por lo demás la vida ofrece un sinfín de cigarras, sinvergüenzas y previsoras en grado máximo, que tienen los graneros mucho más repletos que las sufridas, laboriosas y poco melódicas hormigas. En cualquier caso las virtudes reglamentariamente prescritas, decencia, honradez y dignidad son contraproducentes; en la práctica sólo se admiten en forma de horrendos sucedáneos, de higiene de jaboncillo, cuello bien sucio y corbata arrugada, el búnker quiere ver que haces algun esfuerzo, que rindes pleitesía, no que seas ni tanto así de guapo, honrado ni sincero.

Un buen día Jamie tuvo una noticia y supo que se iba a tragar un sapo fatal.

La vida nos cuela tragos importantísimos, a base de insistencia, como morir de viejo simplemente, que se soporta por lentitud y pérdida de sensaciones, o por lo que sea, pero otras veces nos larga noticias oscuras, que no son para morirse pero que traen un buen golpe.

Si D. Celonio hubiera sido delegado provincial el primer día que Jamie pisó la oficina, éste se hubiera vuelto directamente a su casa y se hubiera salvado de la Administración.

Realmente Jamie estaba siempre al filo del abandono del puesto, comprendía la nulidad de su brillante actuación en tan brillante cargo, en tan brillante provincia, pero siempre obtuvo de sí mismo, por acumulación de cantidades dispersas e infinitesimales, la estupidez, la resignación, la falsa esperanza tenaz, la memez terrorífica, necesarias para aguantar «unos días más» sin volverse a casa de sus padres, a esperar tiempos mejores, existieran o no.

El primer delegado Aparicio Tuñón sólo se preocupaba de sus propias aficiones mayormente concentradas en temas de prensa, estaba fuera tres de cada seis meses y acabó por fundar un periódico económico de tirada nacional en cuanto allegó un par de per-

sonas fuertes que avalaron su proyecto con lustre, influencia y dinero, y se marchó definitivamente a Madrid con su periódico despues de casarse con una chica de Navarra, de las que nunca se había subido a ningun coche del Madrid *la nuit*, para dejarse cortejar el cuerpo por cualquier avispado.

Y entonces se anunció que volvía de delegado D. Celonio, caso insólito en aquella España y en otras varias, que nadie volviera al mismo cargo y a la misma ciudad donde había cesado un año antes, y más aún, habiendo publicado toda la prensa regional, para tapar el follón que produjo su traslado, que iba a Madrid *ascendido* a un cargo central en el ministerio, donde por cierto no llegó a averiguar en todo ese tiempo en qué postura sentarse para evitar el sueño a lo largo de la media mañana que pasaba recluido en un despacho sin sombra de papel alguno.

Para ser exactos, D. Celonio era un militar de Estado Mayor, el último número de su promoción, que había vegetado como jefe del **S**ervicio de **I**nformación **M**ilitar en el Gobierno Militar de Guipúzcoa durante un par de lustros, hasta que un compañero suyo de colegio que tenía, y que era delegado de Información y Turismo se vió obligado a dejar el puesto, y como deseaba seguir mangoneando la plaza no tuvo peor idea que nombrar en su lugar al compañero de colegio más tonto que recordaba y que tenía a mano.

Tambien puede ocurrir que los del SIM estuvieran deseando quitarse de delante a un colaborador tan nefasto. Según voces fidedignas, Celonio era un gafe y un intrigante, ya en el colegio de los marianistas, por exclusión popular espontánea, paseaba siempre sólo y aparte de todos, con los brazos a la espalda, y una vez que quiso arrimarse al grupo de su curso ofreció a todos un cigarrillo diciendo «¿quién quiere un KEIMOL?» con lo que le quedó de mote entre ellos para toda su vida, «el tío Keimol».

Cuando la guerra, los rojos fueron a su casa y no dieron con él, que sin necesidad de conocer la historia de Godoy, estaba dentro del rollo de una alfombra vieja en un desván, pero en cambio hicieron presa a su hermana.

Cuando se tomó San Sebastián por los *facciosos* mucha gente de derechas se alistó voluntariamente para combatir y perseguir al escaso rojerío y abundante nacionalismo republicano, que hubieron de retroceder deprisa y *hasta que se les acabó la geografía*, según anécdotas de los por entonces vencedores. (Muchos vascos que volvieron pronto a su tierra despues de la guerra por no soportar el exilio, encima, habían de soportar como mínimo bromas y suspicacias de las gentes instaladas en el poder. En alguna fiesta deportiva en Donostia le presentaron a J. A. Elola, hombre del Movimiento, Delegado Nacional de Deportes, un grupo de federativos, antiguos gudaris, y otros nuevos corredores de alguna modalidad que no recuerdo, y el cabrito que hacía las presentaciones no vaciló en presentarlos como gente capaz de correr *hasta que se les acabara la geografía, como ya habían demostrado en alguna ocasión»*. El delegado de deportes muy sociable y a pies juntillas comentó, «ah, claro maratonianos», y el cabrito de marras remachó, abusando de la situación, «maratonianos hasta cierto punto, pero gudaris seguro». La frase ha quedado libre para otros usos, al menos desde los años sesenta).

La idea de su hermana prisionera no debió ser un acicate muy fuerte para Celonio, que esperó un año más y cuando le tocó hacer la mili con su reemplazo se apresuró a solicitar toda clase de destinos curiosos, cursos y traslados para evitar, inteligentemente, cualquier contacto con el fuego enemigo y la menor aspereza de la vida castrense en zonas de combate.

Se contaba que en la Escuela de Aviación de Sevilla consiguió destrozar, sin que levantara del suelo, un buen avión de entrenamiento del ejército franquista, siendo expulsado de allí pero sin suerte para el ejército pues fue recalando luego en otras y otras unidades diversas, hasta dar con sus huesos en la Escuela de Estado Mayor donde obtuvo, por misericordia mal entendida, la última plaza de su promoción con la peor calificación conocida en la historia de tan notable centro de estudios militares.

Por lo demás, como tantos mandrias, Celonio no perdió ocasión a lo largo de su vida para mencionar decires, autores, chascarrillos y pequeños *enxiemplos* de su querida Escuela de Estado

Mayor, como expresión y cobertura de su propio parentesco con un concepto perspicaz y muy táctico de la vida misma.

En otros desvaríos más protervos podía llegar a alardear de las duras escenas que le tocó presenciar durante la guerra, en los campos de batalla donde jamás estuvo, como las liebres devorando cadáveres, gente despanzurrada por una bomba, centinelas asesinados por la espalda y de noche, él que nunca estuvo de guardia y menos de noche y nunca a menos de cien millas de algún lugar donde pudieran hacerle pupa, etc.

Llevaba cuatro días en el recargado cargo D. Celonio Oldarte y Santarrana, cuando recibió de distintos lugares toda clase de **informes** sobre Jamie, según supo éste a través de Choni, inmediatamente. El heroico estratega de antaño fue coleccionando las respuestas a sus peticiones de referencias, no dijo ni palabra de las que contenían resultados académicos o noticias sobre rendimientos varios o expresaban *la falta de antecedentes político-sociales del individuo sometido a consulta*, el carácter tradicionalista de su familia y otros pormenores irrelevantes servidos en abundancia.

Todas aquellas versiones de **informe reservado** eran como ver bailar sin escuchar la música, por simple cuestión de estilo y suciedad del método mordisqueaban la breve biografía de la víctima con estériles coloraciones paranoicas, fruto exclusivo de la maldad del oficiante de escribano.

Con un tono despótico de ultratumba el informador, que casi parecía ser el mismo en puntos muy dispares de la geografía española y del tiempo, chorreaba gratuitamente, como para establecer la cura de una plaga, datos anodinos o comunes a todo ciudadano corriente, como si dijera, «termina el bachiller y ya no vuelve más por ese colegio» para que suene, «*termina el bachillerato y como ha robado la caja de secretaría, ha profanado la capilla y ha violado a noventa y cinco compañeros…* » y así cualquier detalle de la vida de Jamie en un plan bronco e imprevisto que pronto deja de surtir el siniestro efecto deseado por su autor.

Pero había una perla tan válida para Celonio en uno de los informes como advertir de que Jamie no había hecho la mili de

verdad ni había pisado el cuartel más que en teoría desde el día de la revisión médica en la Caja de Reclutas hasta el momento de recoger la cartilla militar con el sello de cumplida la mili (en Servicios Auxiliares).

Al leer esta condición de **evasor de la mili** Celonio enrojeció y masculló con el acero de la venganza entre los dientes, «a este tipo tan listo y tan titulado yo le voy a hacer terminar de ordenanza». Una amenaza digna de un militar tan valeroso y tan completo.

No hay cosa peor que los informes sin antecedentes, o los antecedentes sin precedentes, es decir, si Celonio hubiera conocido unos datos más sustanciosos del caso Jamie versus el servicio militar español, hubiera reventado de una apoplejía o le hubiera augurado terminar de forzado de Dragut, encadenado a la sentina de una chalupa ballenera, roido de ratas de agua salada.

Jamie en segundo de carrera se había adelantado un año al resto de sus compañeros para pedir como voluntario la milicia aérea universitaria. Se adelantaba un año porque si no se la daban a la primera contaba con otro año para poder solicitarla de nuevo, y era un mérito ser solicitante repetidor.

Estaban de por medio además el hecho de volar catorce horas en un valeroso Junker suelta-tornillos, tener cetme, que entonces en infantería ni se veían, gimnasio con punching-ball y piscina, en Villafría, Burgos, paisaje algo verde, lejos del horrendo polvaredón rojizo de Monte la Reina, probablemente Zamora. Pero las plazas de vuelo a las que optaba el buen Jamie fueron aquel año ochenta para toda España y sesenta el segundo año, y las recomendaciones que pudo obtener eran muy mediocres, cuando lo necesario hubiera sido una influencia altísima o bien bajísima, como del sargento de oficina que le pega un cambio de montón a una carpeta y eso va a misa, así que no obtuvo plaza.

Sus propios méritos se reducían al expediente académico y a un tío carnal muerto en combate, teniendo que dejar en blanco toda una hilera de casillas para anotar un aspa si tu padre era ya militar del aire, etc. De hecho sólo de la III Región Aérea, la

Pirenaica, que iba desde Santander hasta Aragón, sin Cataluña, se presentaron casi dos mil chicos al reconocimiento médico en Agoncillo, alias Recajo, Logroño. Le daba igual ni saber siquiera cuántos aspirantes habría en toda España, de su universidad conseguía plaza en la mili aérea cada ocho o diez años algun chico en situación especial, tal como ser hijo de un agente de bolsa de Madrid, o el hijo del director del INI, que controlaba toda la industria estatal española.

Además la contestación negativa, en el segundo y último año de su solicitud no le llegó hasta despues de cerrarse el plazo para inscribirse en la mili universitaria de tierra y marchar con casi todos sus compañeros de curso a veranear en Monte la Reina ese año y el siguiente, y finalizar con cuatro meses de prácticas de alférez en que ya te pagaban una cantidad sustanciosilla para un joven sin demasiadas aspiraciones, como para una moto de 200cc. con la paga de los cuatro meses. Para mayor bloqueo de las posibilidades militares de Jamie, cuando en febrero de 1960, como alumno de tercero, la comunicación de que no estaba admitido añadía que si algún solicitante de los que había sido seleccionado faltaba a última hora Jamie sería llamado a incorporarse a la mili aérea.

Así que no le dejaron otro camino que pasar al alistamiento de la mili *ordinaria* y disponerse a ser soldado en el campamento de El Carrascal y luego donde fuera por espacio de veinte meses o cosa parecida, a no ser que uno recurriera al Aranzadi.

Este fue el primer contacto directo entre Jamie y esa gruesa colección jurídica de tapas rojas y lomos de pergamino, en cuyas páginas le costó más de media hora encontrar el reglamento de reclutamiento militar.

Un primer apartado del reglamento excluía de la mili a todos los individuos con enfermedades y defectos de medio pelo, los cuales, examinados de nuevo durante cuatro años sucesivos podían terminar clasificados como definitivamente libres de la mili por inutilidad.

Otro apartado acogía a los grandes damnificados de la biología humana, gente que ya a ojos vistas resultaba incapaz para el

servicio de las armas por faltarles porciones de cuerpo o tenerlas torcidas, o carecer de libertades sanitarias mínimas, que esos se libraban de cuajo a la primera.

Y, por fin, apareció el apartado III, en cuyo punto 16 figuraban la arritmia y la taquicardia como causa suficiente para hacer una mili de oficinista, siendo ya por entonces notorio y público que al año venidero, *primera quinta de la paz franquista*, habría exceso de cupo en todos los apartados y los del III no tendrían ni que pisar el cuartel ni pulsar una máquina de escribir.

El día en que un solo médico militar había de revisar a los cuatro centenares de reclutas que habían alegado enfermedades de la lista III, para mili de pasillos, todos los citados, con aspecto de encontrarse en plena forma, igual que Jamie, estaban poco antes de las nueve de la mañana llenando la calle ante la Caja de Reclutas, en el tramo de acera que hoy es aparcamiento y va de la audiencia vieja de Pamplona a la sede central de Caja Pamplona, casi enfrente de autobuses.

Un campeón de cuatrocientos, interrogado al efecto, declaró haber alegado pies planos, otro, corredor de vallas, bien marcado muscularmente, se presentaba por obeso, y así todos en general. Alguno decía lisa y llanamente «mi padre es amigo del médico».

Jamie había decidido alegar sin conocimiento de su padre, quien, de haberlo sabido le hubiera embestido con su lanza y le hubiera llevado de la oreja al Carrascal a jugar a soldadito de tierra, y escogió el corazón un tanto precipitadamente como órgano base de su alegación, despues de mantener alguna charla superficial con estudiantes de último de medicina.

Estuvo estudiando toda la noche anterior para el examen final de Derecho Mercantil, un delicioso tomo de Garrigues al que le quitó con ello trescientas páginas, y de pasó trasegó medio bote de nescafé puro, más una cafetera familiar llena hasta arriba de café casero especialmente cargado para la ocasión y media centramina, que no las cataba desde primero, y estaba en cuarto, esperando que semejante carga de excitantes y demás circunstancias produjeran alguna palpitación de más en el momento oportuno. Tambien

tenía pensado aguantar un buen rato sin respirar, y pensar en tragedias decididamente tristes cuando le aplicasen el estetoscopio maldito.

Pero no hubo lugar.

Quedaban más de cien «candidatos» a la inutilidad parcial en mitad de la calle a eso de la una y media cuando le tocó el turno a Jamie que entró, descorriendo la cremallera de su cazadora, en un pequeño despacho donde estaba el médico, y un ayudante que rellenaba fichas casi detrás de la puerta.

Al unísono y con diferente estilo hicieron ambos un gesto para descartar la apertura de la prenda de ante, no le dejaron siquiera penetrar gran cosa en el *gabinete clínico* y comprobaron su nombre y apellidos, qué apartado alegaba, y qué estudiaba, como quien ya con eso tiene resuelta la mitad más crucial de su tarea.

–¡Abogado!, los abogados son el diablo en persona. No tenemos tiempo aquí para perderlo ni con abogados. ¡El siguiente! –Es todo cuanto pudo oirle decir al médico, que apenas levantó un ojo para mirarle, pues no quería perder tiempo levantando los dos.

Una semana más tarde tenía en casa la cartilla militar con la licencia absoluta, como si hubiese hecho la mili entera en el Carrascal y demás instalaciones del Ejército.

El padre de Jamie, informado del pastel con las debidas precauciones, con motivo de la llegada de la cartilla a la casa familiar, además de aguantarse su humillación de ingenioso hidalgo D. Alonso Quijano más conocido por D. Quijote de la Mancha, al ver que su hijo no aceptaba la grandiosa oportunidad de servir a la patria que el destino había proporcionado a Jamie, tuvo al menos la satisfacción técnica de explicar al resto de la familia que el envío inmediato de la cartilla de licenciado del servicio militar era un craso error y le hizo devolverla y esperar casi dos años a recibir exactamente la misma, como si entretanto hubiera sido un *soldado oficinista*, sin derecho a cuartel por exceso de reclutas.

Jamie sólo pisó cuartel el día en que penetró tres palmos en el gabinetín médico y el día en que fué a devolver la cartilla prema-

tura, ante el sargento de turno asombrado de ver tanta pureza de intención, «que dice mi padre que él sabe perfectamente cómo tiene que ser ésto y que la cartilla se la tengo que devolver y ya me la mandarán ustedes cuando termine el período de incorporación, ya que entretanto si hubiera necesidad efectiva todavía podrían llamarme».

Como es normal, los eunucos son los primeros dispensadores de autoridad sexual, y D. Celonio, tres años más tarde, aprobado quinto, las opos y el curso de Alcalá, se iban a encargar de que Jamie expiara aquella ligereza y habilidad individualista con que había salido libre de obligaciones militares, utilizando normalmente las propias normas y estructuras del sistema.

Tenía una gracia imbécil y paradójica, y olía más a capricho de chulo que a honrado rigor patrio, que un tipo con el historial del Celonio fuera colgando sambenitos e impartiendo castigos en la carrera pública civil de las personas que no están para escopetitas ni banderas.

Probablemente Celonio ignoraba la guinda del pastel y el propio Jamie solía decir que si algun día todas las informaciones oficiales llegasen a unificarse informáticamente, nadie podía saber qué sería del mundo, pero a él, desde luego, lo mandarían a la Guayana con la perpetua, pues al mes siguiente de librarse de la mili por tan feliz procedimiento, en la Federación Navarra de Atletismo dió el mejor tiempo de recuperación, *perfomance* atlético-clínica que debe ser absolutamente incompatible con la menor dolencia de corazón, incluidas por supuesto la *arritmia* y *taquicardia* alegadas en lo militar.

Su marca cardíaca federativa, obtenida despues de una hermosa comida de cumpleaños en casa de un amigo, coronada con dos copitas de cointreau media hora antes de la prueba médica en la federación, quedaba a muy pocas centésimas de la obtenida ese año según la prensa por el defensa barcelonista Rodri, quien según portada de revistas deportivas nacionales tuvo el mejor tiempo de recuperación de todos los deportistas españoles federados aquella temporada como profesionales.

Para que Jamie comprendiera a traves de tercera persona la catadura y peligrosidad del Celonio, Cartenguy le presentó un caballero, corredor de comercio, persona elegante y muy clara de palabra, compañero de cole del recien nombrado delegado, quien le describió con numerosas anécdotas el carácter de éste como un grado máximo de la envidia y del acomplejamiento, reforzado en edad adulta con una saña y un cinismo del peso pesado.

Véase el siguiente caso: Durante bastantes años Oldarte vivió en un magnífico chalet de Ondarreta, compuesto por dos alas de piso bajo separadas por el garaje y una planta superior.

Vivía allí de precario total, cedido por el administrador de la baronesa de Güell para un par de meses a lo sumo, mientras se buscaba algo fijo y más a su alcance, cosa que, en vista de lo bien que se encontraba en aquella mansión ondarreteña se preocupó muy mucho de no encontrar, plantándose como quien no quiere la cosa en ocho años de ocupación por la cara, sin pagar ni un céntimo, y al final la baronesa hubo de llevarle a pleito para que se largara del bello chalet.

El pleito iba a ser breve y Oldarte lo tenía perdido. De pronto, en un gesto magistral, Oldarte presentó en el juicio un contrato falso por los cuatro costados –y hasta por dentro como veremos enseguida- con fecha de tres o cuatro años atrás, por el cual el propio Oldarte subarrendaba un ala del chalet a un amiguete suyo, y con ello, y con la vigente Ley de Arrendamientos no podía realizarse ningun lanzamiento fuera de aquel chalet.

El abogado de la baronesa, ante una falsificación tan manifiesta, dió el caso por perdido, hasta que de pronto, cual bombilla del TBO sobre su cabeza se le encendió la idea y pidió a la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre certificación de la fecha en que había salido a la venta en los estancos el papel timbrado y numerado en que Oldarte acababa de estampar su chapuza procesal.

Efectivamente, aquel papel que fingía soportar un contrato fechado cuatro años atrás apenas llevaba un año fuera de la fábrica. La falsificación oldarteña della santarranería quedó machacada.

Con tal prueba en sus manos, el abogado Zaldiga, de quien se decía por entonces que tenía catorce pasantes en su bufete, el mejor o al menos el mayor de Guipúzcoa, podía haber mandado entre rejas a Oldarte descuartizando su querida y mal aparcada carrera militar, pero fué misericordioso, aconsejó bien a su baronesa clienta y se limitaron a conseguir sólo el fin primordial del pleito, dando a Oldarte la opción de abandonar el chaletón. Cosa que hizo bastante pronto aunque no sin rechistar.

Apenas una semana más tarde en un cóctel de la vida social donostiarra, Oldarte informaba a la propia baronesa de Güell de que había tenido que dejar la casa que habitaba hasta hacía poco, con todo derecho, por las marrullerías del abogado de ella, *«ese Zaldiga, que es un pícaro y un tramposo, a quien no debería confiarle nunca más otro caso de su interés, un abogado más propio de salteadores de caminos, que falsificaba pruebas cuando no podía con la razón»*.

Evidentemente un tío con tanto morro como el Celonio sólo podía encontrar acomodo en un puesto de mando del estado, (mejorando lo presente) dispuesto a labrarse una carrera imparable de éxitos y ascensos por puro pundonor, espíritu de servicio y lealtad.

Zaldiga, suponemos de todo corazón que habría sido por otras conexiones o por simple mala suerte, fue secuestrado apenas dos décadas más tarde, cuando ya estaba jubilado, fué secuestrado y apareció asesinado, atado su cadáver con alambres sin que el autor de esta verdadera historia, ni seguramente ningun sector ciudadano puedan decir que han tenido la menor explicación sobre su muerte, ni aportar la menor conjetura.

V

Tramitar es aumentar indefinidamente una colección de papeles metidos en una carpeta, denominada expediente.

En las oficinas donde Jamie iba embarrancando irremisiblemente su única juventud, todas las tramitaciones, lo mismo si se trataba de poner una habitación para huéspedes, que de fundar

una revista deportiva o montar un espectáculo musical, incluían como requisito inexcusable un informe político-social referente a la persona del que firmaba la solicitud.

Estos informes se pedían cada vez al gobierno civil, fulanito de tal con domicilio en tal desea hacer tal cosa, y el gobierno contestaba, más bien pronto, con alguna fórmula breve y autorizadora, «*no se le conocen antecedentes político-sociales determinados, por consiguiente procede acceder a lo solicitado*».

En ocasiones las respuestas eran más granadas, decían algo de los antecedentes familiares del solicitante, «*rojo-separatista*», «*de ideología comunista*», «*familia de índole reconocidamente poco afecta al régimen*» lo que bastaba para denegar el negocio sin apelación posible ni notificación concreta de la **razón de fondo**. (También es verdad que en el caso de negocios pequeños, los abrían luego sin autorización y creo que nadie se metía con ellos, por lo regular).

Alguna vez el informe político-social abarcaba dos o tres cuartillas, y aun folios, de impresionante novelería politicastra, diciendo, v. g., que el abuelo del solicitante estaba suscrito con cuota de honor a tal revista o periódico radical durante la República o cuando la guerra de Africa, o que su madre era pariente de un conocido anarquista, destacado en tal o cual acción contra el orden público, o en tales jornadas de esas que incluso vienen en los libros de historia.

A veces tambien, alguno de estos informes que empezaban con referencias «*malas o dudosas*, mejoraban con el tiempo, y a la segunda página resultaba que el industrial en cuestión había redimido todas las ideas rojizas de su clan, al sacar de las paredes unos miles de docenas de huevos que había tapiado al empezar la guerra civil, para entregárselos a las tropas «nacionales», cuando llegaron a la ciudad de Irún, hambrientas de tortilla.

Tan automáticamente funcionaban y cumplían su papel las referencias escuetas como las barrocas, las invisibles como las voluminosas, las ridículas como las cínicas, su papel administrativo y su valor como procedimiento era idéntico y exacto en todos los casos.

En aquella delegación había además dos o tres *«enlaces»* que efectuaban rondas diarias de visitas a la guardia civil, al gobierno civil y al gobierno militar, –quizá, allí dentro, al SIM, servicio de información militar– y quién sabe a cuántos puntos más, de donde regresaban con copias e informes de lo más variado que solían entregar directamente al delegado o a sus colaboradores politicuelos más directos.

Allí figuraban los informes directos e internos de los cuerpos policiales sobre huelgas o movimientos de gente sospechosa, concentraciones de montañeros en zonas escarpadas del territorio, anécdotas fronterizas, aduaneras y policiales diversas, y en particular chismorreos políticos muy disolventes en contra de los propios organismos y entidades armadas y de los propios jefes que facilitaban la *información reservada*.

Algunas personas más o menos significadas por su adhesión al régimen, acudían con cierta frecuencia al despacho de Celonio Oldarte, sin más objeto que conversar con él en privado, entrando y saliendo con aire selectivo, siniestro y arrogante. Era del dominio público que dejaban allí una carga de comentarios rancios y observaciones políticas bizcas los unos contra los otros (pues enemigo de cuidado no veían ninguno y quizá con razón, ellos eran el único, **la gente del poder**) y el delegado Oldarte canalizaba hacia las alturas matritenses, civiles y militares, los disparates más estúpidos y superficiales que se pueda imaginar, calumnias absolutas en todas direcciones, contra cualquiera.

Parecían en general vicarios, intelectualmente astrosos, inoperantes, pero tremendamente adheridos, con todas sus fuerzas y respetables dotes para la paranoya, al sistema de poder único.

Llevado de su mecanicismo chivato, cuando no tenía cosas políticas ni sociales que decir de alguien, Oldarte largaba a la superioridad simples tergiversaciones, hasta de los méritos más acrisolados e indiferentes, los menos criticables de la víctima casual.

Cualquier acierto o capacidad elevada de los *biografiados* podía resultar transformada en carácter desastroso y radicalismo, merced a las voces informantes, el Celonio difamaba tranquilamente a sus

propios contertulios, parientes y semiamigos (amigos no tenía). Y aunque sus actividades eran archisabidas en toda la ciudad, él se sentía guarecido en la feliz covacha moral del que nunca rendirá cuentas, seguro de ascender eternamente, habiendo descubierto y utilizado a su favor la «verdadera ley de la gravedad» de la política y el poder, según la cual los cuerpos caen hacia arriba.. La sociedad oficial le aguantaba aunque alguno de sus chascos fuera muy sonado.

Uno de ellos sucedió muy al principio, la primera vez que ocupó el dichoso cargo. Un conocido crítico de pelota pidió autorización para fundar un semanario sobre temas de frontón y Oldarte carecía del menor dato para poner verde a tan excelente persona, pero sabiendo que su ideología familiar o personal procedía del tradicionalismo decidió improvisar un informe totalmente meningítico, poniéndole tibio por su carácter –simpatiquísimo para toda la ciudad–, asegurando que escribía siempre con expresiones estúpidas y vanidosas y que hablaba de sí mismo como de el *Papa de la pelota*, y así un montón de insensateces y garruladas que revelaban una vez más que la paranoya del informador es lo que mejor contamina al calumniado, y cuando más absurdo, poco preciosista y menos nítido sea el estilo empleado, más pringada queda la víctima del verbo.

Alguien de Madrid, una buena persona o un técnico sin más, escandalizado de tan garrulo informe, y que encima era sobre una cuestión de nada, como escribir de pelota, no sobre la guerra de las Galias, ni corto ni perezoso le mandó una copia del informe al propio periodista difamado por aquel loco Carioco, para que dispusiera de un rico testimonio sobre la clase de persona que era su autor, la persona con la que tenían que lidiar en lo sucesivo todos los guipuzcoanos, su intermediario para cualquier relación con la cultura oficial del régimen.

Aquel periodista era tan buen profesional y tan bella persona, además de tan consciente de habitar en una coyuntura política absolutista y dictatorial, que se limitó a darse por satisfecho de que le hubieran autorizado pronto y bien su revista y ni siquiera distribuyó copias del *informe* a la afición y al público en general.

Muy pocas semanas despues, el propio Oldarte, que seguía sin contar con contactos ni siquiera para hacer el mal histriónicamente, necesitaba echar mano de un buen ciudadano para orientarse técnicamente sobre asuntos de prensa deportiva en el País Vasco, y no dudó, creyéndose único conocedor de su propia labor calumniadora contra el cronista del frontón, en llamarle a su despacho.

El cronista, despues de decir «buenas tardes» y tomar asiento sacó del bolsillo la copia del informe canalla, la desplegó y se la puso delante de las narices a Oldarte que se quedó escorado y tartamudo para el resto de la tarde, aún estaba un poco tierno para esos trances.

Como pasa en todos los sitios pequeños, Oldarte y el cronista no pudieron dejar de verse en numerosos saraos y acabaron por darse un trato correcto delante de la gente.

Oldarte tenía la plena convicción de que sin un largo eructo de mentiras un cargo público no aprovecha al cuerpo ni al alma, él era un político de la dictadura, no un simple tecnócrata y alguna vez tuvo un problema más serio que el de la revista de pelota, pero jamás recibió su propia medicina del modo patético y dramático que le tocó soportar cuando el pelotazale le puso aquella tarde ante los ojos su propio excremento moral, en perfecta fotocopia de papel encerado que por entonces empezaban a usarse en los grandes centros de trabajo.

Como a los paleontólogos de museo norteamericano les basta una vértebra para reconstruir un dinosaurio en technicolor, a Oldarte le sobraba con medio dato para restaurar la vida entera de un comunista, él sabía que arriba todo daba igual, mientras no dejasen de llegar **cosas** señalando largos lotes de personas malas y enemigas del régimen.

Jamie, antes de Oldarte, durante las ausencias de Tuñoz y en asuntos menudos que debía resolver por sí solo tuvo que tomar bastantes decisiones, siempre rápidas y favorables al solicitante, pasando por alto las observaciones de la pequeña corte de subordinados, algo murmuradores y poco fiables que por allí circulaba y

que oficiosamente trataban de meter las narices en cualquier expediente para hacer notar que el cartel de tales fiestas llevaba los tres colores de la conjunción prohibida en aquella neurótica dictadura (blanco-verde-rojo) o si el cantante de turno había montado un pollo, un aquelarre vasquista en veladas anteriores.

Como una hormiguita en un túnel, indiferente a la tracción y paso de trenes, Jamie se consideraba al cien por cien ajeno a todo el malvado y aburrido aparato del Ministerio y al artículo 53 de la Ley de lo contencioso que dejaba fuera del control judicial y en manos de los raptores del pueblo, todas las actividades de control en materia de prensa, radio, cinematografía y teatro.

Él era un irremediable agujero liberal que atravesaba de parte a parte aquella estructura administrativa provincial cada vez que respiraba, él sabía algo de leyes administrativas y de teoría de la organización, él estaba allí porque le gustaba el arte más que los impuestos, y por vivir cerca de Pamplona, él venía del Banco España andando por la calle con la nómina completa del mes para la Delegación y Radio Nacional, (unas cien personas, lo que hoy serían quince millones de pesetas al menos y hasta los cambios de moneda por los bolsillos de la chaqueta) tan fresco, inatracable, y mientras liquidaba los seguros sociales de los no funcionarios, las limosnas y timbrillos para la MUFACE de los sí funcionarios, hacía reservas hoteleras cuasi-imposibles para jerifaltes madrileños de toda laya, sin mirar siquiera qué organismo abusaba de sus servicios por pura pereza o incompetencia centralista, o buscaba un autobús con urgencia para un grupo de periodistas yugoslavos oficialmente invitados por el Director General de Prensa, pero sin vehículo a las siete de la tarde de un víspera de fiesta, o colocaba a todo el ballet Moisseiev por milagro, pues eran trescientos moscovitas, en un solo hotel inaugurado el jueves de la misma semana, y siempre haciendo frente a encargos criminalmente insalvables y tardíos procedentes de los niveles políticos del sistema.

Tenía trabajo a espuertas toda la mañana. Allí quemaba estérilmente unas energías de juventud, una ingenuidad profesional y un pundonor irrecuperables y dignos de muchísimo mejor causa,

ya que no había personas capaces de relevarle de tonterías administrativas; las personas disponibles se cuidaban mucho de no aprender a resolver ni liquidar nada para verse libres del más mínimo reto a su eficacia individual, de modo que, aunque Jamie hubiese sido una persona sedienta de implicarse en las tareas políticas del Ministerio no hubiera habido lugar, porque todo estaba tan mal montado que con los asuntos legales y corrientes sobraban razones y faltaban horas para odiar a los responsables de tanta torpeza y desequilibrio administrativo.

Con ocasión de unas inundaciones por mareas vivas y galerna añadida en septiembre, Jamie fue elogiado en la ciudad por el tute que se dió recibiendo damnificados, hablando con Madrid delante de ellos, acelerando trámites y demás, en cambio, los medios y gente de orden de la ciudad le criticaron bastante cuando tuvo la osadía de dar autorización para que actuase el Living Theatre, grupo de supervanguardia internacional a la sazón, prohibido ya en algunos países europeos y expulsado de otros.

Tenían una fuerte aureola de drogatas, cosa entonces desconocida en el país, lo cual multiplicaba su imaginaria peligrosidad, y las pupilas de sus dos representantes en la penumbra del enorme hall de caoba de Guinea de la nueva delegación en la calle Andía, brillaban agresivamente como enjauladas, tenían verdadero poder felino para provocar o amedrentar al que les mirara distraidamente. La alcaldía habló con Madrid para que no actuaran y Madrid y el Gobierno Civil acordaron dejar la autorización a criterio de la delegación provincial, *sin reparar* en que el delegado estaba de vacaciones y Jamie ejercía allí de D. Quijote liberador de galeotes y cautivos, de modo que éste, a solas con sus jóvenes pelotas, firmó la autorización para que actuasen, que es lo que deseaba todo el público sensato y cosmopolita de una ciudad fronteriza con Francia, nada menos.

La función efectivamente fué de sacudida y se vieron cosas absolutamente diferentes de lo habitual, nada indigno que pueda recordarse aunque tampoco nada satinado, y seguramente mucho más de lo que hubiera podido asimilar por entonces el personal de la mayoría de las capitales españolas de segunda.

Si luego hubo juerga de más en el hotel –según lo que se considere de más y lo que algunos vigilen entre dedos al taparse los ojos– alguna pintada beatnik en espejos y paredes, es de lamentar, pero debió ser algo bastante diminuto y que compete realmente al servicio de mantenimiento del hotel o a la autoridad gubernativa, no al delegado de cultura en funciones que autorizó su actuación en el Victoria Eugenia.

En invierno, San Sebastián se convertía en una ciudad gloriosa, con todas sus actividades y capacidad atenuadas y reverdecidas, se tornaba un paraíso de clarividencia y tranquilidad, sin veraneos oficiales, sin Franco y sus miles de policías, sin bandadas de turistas desnortados, ni de funcionarios de Madrid, diplomáticos y prohombres a granel, con mil colores azules de lejía inocua el agua del mar, la visibilidad de un vacío contemplado con lentes de aumento toda la badina de la Concha, un San Sebastián doméstico y verdadero, sin ambiciones ajenas, para *connaisseurs*, inolvidable.

Vista la tranquilidad del invierno Jamie se encontró con tiempo y ganas de hacer deporte y empezó a frecuentar el gimnasio del Atlético, donde había unas paralelas algo enanas, espalderas y otros chismes y un buen eje de pesas donde llegó a mover en breve recorridos finales de un palmo con 280 kilos, a la sazón cuatro veces su peso corporal.

Se encontraba elástico y energéticamente alimentado, recuperó saltos mortales y subidas a pino, puentes, planchas y demás acrobacias a un solo brazo que le hacían sentirse parecido a la gente de los NO-DOS, y en vista de que ya se sentía un tanto cachas y recuperado de su primer aterrizaje profesional tuvo ánimos para aparecer por el club de judo que miraba desde la calle Mari el puerto donostiarra.

Esperaba toparse en aquel tapiz con unos quebrantahuesos de cuidado pero en lugar de eso, todos eran gente muy normal, ni torres, ni fieras, ni magos, y pronto obtuvo cierto puesto en el grupo de cabeza, ganó el cinturón marrón para sus riñones y tenía libertad para entrenar más o menos según el día y las ganas.

Al filo de abril del año siguiente los campeonatos de judo de Guipúzcoa se celebraron en unos salones, semisótanos desconocidos para toda la ciudad, pertenecientes a un ala clausurada del Ayuntamiento, con restos de decoración palmera y *belle époque* en las paredes, escalones de mármol y desnudez mobiliaria total.

Campeonato por equipos, absoluto, por pesos, todo se disputó en una velada, los últimos combates de cada modalidad se celebraron bien pasadas las diez de la noche, y Jamie que tuvo una buena tarde y andaba metido en cada final, despues de un somerísimo reparto de trofeos, se echó por encima del kimono su blanca gabardina H. Bogart, metió de un gancho la ropa de calle en la bolsa de deportes y se subió al dos caballos aparcado en la acera más cercana a la plaza de Cervantes, a poquísimos metros de la verjita, abierta sólo aquella tarde, de la trasera municipal. Al salir él un conserje cerraba ya las cancelas exteriores.

En frente, al otro lado de la plaza se veían iluminados los largos ventanales del piso de más de cuatrocientos metros que Celonio Oldarte disfrutaba, en calidad de delegado provincial, en el edificio de la Delegación, como muralla de lujo sobre el mejor ligamento arquitectónico inmediato a la bahía. Al ir a poner los pies sobre el acelerador y el freno se dió cuenta de que no llevaba puestos los zapatos sino las zoris o sandalias de paja que por entonces conferían cierto elitismo en el propio club de judo a sus propietarios.

Dejó para el día siguiente el encargo de recuperar sus negros mocasines, con luz natural y en horarios más normales de conserje.

Hacia las diez de la mañana siguiente recordó el asunto de los zapatos y se presentó en la puerta principal del ayuntamiento donde el conserje le dio unas explicaciones larguísimas y tortuosas para llegar al lugar que sólo excepcionalmente, para el campeonato, se había abierto la tarde anterior.

Tenía que atravesar toda la parte del edificio que se usa normalmente, luego un corredor hasta llegar al ala que no se usa nunca, pasar una puerta determinada que «si está cerrada, vuelve y le acompañaré o le dejaré una llave y luego me la devuelve usted», y si había suerte y estaba abierta sin más, seguir adelante y

desembocar en los bajos de falso casino de opereta donde habían sido los combates, y no habían retirado todavía el *tatami* aportado la víspera.

Allí había una escalerita de pino crudo que daba acceso a la pequeña sala sin duchas ni nada que habían usado como vestuario del campeonato, dejando la ropa sobre unas sillas desgastadas y pobres.

Todo aquello olía a trastienda teatral desmantelada y a desván muy fuera de lugar, sin la menor relación con la vida de la ciudad o sus instituciones. El edificio resultaba unas cinco veces mayor por dentro que por fuera, y Jamie siguiendo con suerte y pocas vacilaciones el mapa verbal del gran ujier municipal llegó felizmente al vestuario de la tarde anterior.

Estaba vacío, habían volado incluso las magras sillas de la víspera, y a la primera ojeada Jamie apreció la desaparición de sus zapatos, pero de una puerta entreabierta en la que ni siquiera había reparado el día anterior, porque parecía disimulada por su propio desuso venía sonido de conversaciones.

Tan tranquilo Jamie asomó el busto por la puerta «desclavada» y vió una estancia gigantesca, todo un lateral del edificio exteriormente vecino del Club Náutico, una galería entera, tan escasamente amueblada como si el inquilino acabara de mudarse. Una pared estaba recubierta de ficheros, varias docenas de ficheros, una fila bélica de típicos archivadores de oficina, color caqui, de metro y medio de altura más o menos, pero en vez de cuatro cajones para carpetas tenían dieciseis subdivisiones para fichas, aquellos auténticos ficheros parecían perderse de vista como el pesebre de una antigua casa de postas y hacían panorámica con una ventana y la bahía poblada de barcos al fondo.

¿Cincuenta archivadores alineados como las teclas de un piano, cien, y cuántos miles de fichas en cada uno? Allí podía estar fichada toda Guipúzcoa, o ya, metidos en lo patriótico, toda España, según con qué intensidad o codicia estuviera preparado *aquel trabajo*.

–Perdonen, pero es que ayer en una cosa de judo me dejé los zapatos, ah, sí, sí, gracias, ahí están, ya veo, hasta luego.

El capitán Ribera, jefe del SIM y sus dos ayudantes, instalados allí, al fondo, en pleno ocio degenerativo, gastaban una conversación de mandarines. Apenas se vieron sorprendidos ni escandalizados por la presencia del intruso, cuando le advirtieron giraron sus cabezas al unísono como viajeros de un autobús dirigidos por un guía, casi por señas dado el tamaño de la habitación que desaconsejaba la palabra le indicaron una silla junto a la puerta, donde había una bolsa de recio papel, como de supermercado anglosajón donde habían metido sus zapatos, los cogió y se volvió zumbando por donde había venido.

Jamie conocía superficialmente a Ribera y a sus adláteres porque a eso de las dos menos cuarto, sin fallar un día, cruzaban los jardines de Cervantes, bajo los ventanales de Jamie en la nueva delegación, y entraban en Basollúa a tomar el aperitivo en aquella barra particular y castiza, poblada de honestos industriales vascos, hospitalarios y parlanchines.

La bolsa que contenía los zapatos de Jamie, (hay que insistir, quizá) era de un papel magnífico, amarillo encerado, desusado en España, como las que pintan para hacer la compra los dibujantes nórdicos o canadienses. Era una bolsa extranjera.

Con su alijo bajo el brazo Jamie insistió en soñar para sí mismo que corría como un ordenanza perseguido por una nube de generales policías, un ser humano condenado a morir huyendo de un diluvio de saetas disparadas para castigarle por haber visto aquello.

Pero todavía no se sentía un verdadero ordenanza. Para eso le faltaban etapas, antigüedad y muchas más cosas que ver, a él, y a sus perseguidores mantenerles la acostumbrada buena dósis de tolerancia por parte de la divina providencia.

Apretó de nuevo los zapatos en su elegante bolsa bajo el brazo y con un paso simplemente vivo cruzó los Cervantes camino de su cercano despacho.

AYUNTAMIENTO DE VILLAVA
ATARRABIAKO UDALA

SERVICIOS DE CULTURA Y EUSKERA
KULTURA ETA ZERBITZUAK EUSKARA

BEL·ONAK

PATROCINA/BABESLEA:

CAJA PAMPLONA
Caja de Ahorros Municipal de Pamplona